



**UNIVERSIDAD DE CIENCIAS EMPRESARIALES Y  
SOCIALES**

***ASOCIACIÓN DE PSICÓLOGOS DE BUENOS AIRES***

**CARRERA DE ESPECIALIZACIÓN  
EN PSICOANÁLISIS CON ADOLESCENTES**

**Trabajo final de Articulación teórico-clínica**

“Consecuencias de la ‘deprivación’ infantil en un adolescente  
con tendencia antisocial y el vínculo terapéutico como  
generador de simbolización”

Lic. Agustina Pérez Gomar

Tutora: Lic. Alicia Gamondi



# Índice

Título

Palabras preliminares

Objetivos

Presentación del caso clínico

Contexto

Caso clínico

Primer momento

Segundo momento

Tercer momento

Estructuración del psiquismo – Vínculo madre-bebé

Desarrollo meta-psicológico

Recorrido teórico

Deprivación según Winnicott

¿Trauma? Ubicando el quiebre psíquico

Consecuencias psíquicas - Adolescente

Adolescencia

Patología adolescente

La tendencia antisocial y sus orientaciones

Influencias externas

Contexto socio-histórico

Avatares de la Posmodernidad

Exclusión social

Proceso terapéutico

¿Proceso terapéutico o tratamiento psicológico?

Lo que surge del vínculo

Pensar

Interpretar

Incluir y contener

La escritura como forma de simbolización

Conclusiones

Anexo: *Haciendo humo mi historia*, el libro de la vida de Luciano

I

“Cuando escribo pretendo recuperar algunas certezas que puedan animar a vivir y  
ayudar a los demás a mirar”

Eduardo Galeano

## Palabras preliminares

En las siguientes líneas se pretende visualizar, a partir del caso clínico de un adolescente, la importancia desde el punto de vista de la constitución psíquica de todo aquello que ocurre en lo arcaico, centrando la mirada en el primer vínculo, el vínculo madre–niño.

El objetivo es visualizar de qué forma algunas fallas que se pueden presentar en este vínculo pueden generar lo que Winnicott denomina “deprivaciones” en la infancia, pudiendo producir una distorsión en el proceso de maduración psíquica del niño, impidiendo la posibilidad del pasaje a la independencia.

Asimismo, intentaré identificar las posibles consecuencias de estas “deprivaciones” infantiles repetidas a lo largo de su desarrollo, y la forma en la cual se podrían poner de manifiesto en la entrada a la adolescencia con formas de vincularse a partir de conductas antisociales, con el intento de encontrar en el entorno aquello que la persona percibe como lo que le fue quitado en los primeros años de vida.

Realizaré un recorrido por los distintos momentos del proceso, viendo aspectos de la historia personal del adolescente, de encuentros y desencuentros en sus vínculos.

La intención es también dejar en evidencia las dificultades que surgieron a nivel institucional, social y profesional. En varios momentos del proceso las herramientas profesionales fueron insuficientes para abordar una problemática tan compleja, por lo que fue necesario trabajar desde el borde, desde la calle, lo que implicó hacer un movimiento desde mi metodología de trabajo clínico.

A su vez, institucionalmente se repetía una y otra vez la exclusión de un chico que lo que principalmente necesitaba era estar incluido en algo. A nivel judicial, las leyes tampoco eran claras, aparecían denuncias que no se sabía en dónde terminaban.

Todo lo anteriormente expuesto podría ser consecuencia del momento socio-histórico en el que nos encontramos, que es denominado por Bauman como “tiempos líquidos”, producto del flujo de capital y de la lógica mercantil caracterizada por la velocidad de

sus cambios, donde encontramos a las instituciones estalladas. Nos encontramos en un momento en el que comenzamos a perder la referencia, la solidez y hasta las instituciones pierden amparo, y, por sobre todo, estallan y se pierde la identidad. Ya no se ve solidez en las propuestas ni leyes, ni códigos comunes, referentes sobre los cuales las instituciones podían apuntalarse y sostenerse. Ya no se confía en las instituciones, que ya no son productoras de identidad.

En el caso de este chico, no había un lugar social para él, no había un adentro ni un afuera. Perdió estabilidad en la infancia y no la logró encontrar a lo largo de su vida, repitiendo el patrón en sus vínculos con instituciones o personas. Por ese motivo, este trabajo puede ser útil para pensar que una mirada psicoanalítica puede generar un análisis, no solo del psiquismo sino también del entorno social, y trabajar desde el vínculo para generar algo nuevo, produciendo modificaciones a nivel psíquico y generando a partir del uso de la palabra nuevas posibilidades de simbolización.

## Objetivos

### Objetivos generales:

- Dar cuenta de las consecuencias que hay en la estructuración psíquica cuando en determinado momento del desarrollo del niño algo del vínculo madre–niño comienza a fallar, generando de esta forma “deprivaciones” importantes.
- Pensar una posibilidad de trabajar desde el psicoanálisis con chicos que se encuentran con un psiquismo muy frágil y en situaciones vivenciales de alto riesgo.

### Objetivos específicos:

- Identificar la deprivación infantil
- Recorrer las consecuencias de la deprivación infantil en un adolescente
- La tendencia antisocial como esperanza
- El vínculo terapéutico como generador de simbolización

## II

“Los científicos dicen que estamos hechos de átomos pero a mí un pajarito me dijo  
que estamos hechos de historias”

Eduardo Galeano

## **Presentación del caso clínico**

### **Contexto**

El siguiente caso es sobre un adolescente al que llamaré Luciano, de dieciséis años de edad al momento en el que comencé a trabajar con él. Lo conocí en el CECAP (Centro de Capacitación y Producción), institución de educación no formal dirigida a chicos en situación de vulnerabilidad social y desertores de la educación formal. Mi labor era la de referenciar a un grupo de adolescentes, trabajando con ellos y con las familias o referentes aspectos tanto personales como grupales, acompañándolos durante todo su primer semestre. El trabajo se desarrollaba centrandó la tarea en crear espacios de creatividad, generando nuevos ambientes, fortaleciendo vínculos, trabajando el sentido de pertenencia, y así acompañarlos y apoyarlos hacia una nueva posibilidad de inclusión social.

## Caso Clínico

### Primer momento

El primer día que trabajé con el grupo del que Luciano formaba parte, me acerqué en el espacio de uno de los talleres y él me dijo: “Yo te conozco de algún lugar. ¿Vos trabajaste en el INAU?”. Yo no trabajé en esa institución, pero sabía que me estaba queriendo decir algo, ya que el INAU es el Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay, al que llegan los menores huérfanos o infractores de la ley.

A partir de allí, Luciano comienza a contarme, de diferentes formas, y a lo largo del semestre, su historia de vida. Ese año había llegado de Treinta y Tres (departamento de Uruguay que se encuentra a 300 km de Montevideo aproximadamente) para vivir en Montevideo con su abuela materna, que llevó a Luciano y a su hermano menor de ocho años a vivir con ella. Ambos vivían hasta ese momento con su madre, quien presenta un diagnóstico de trastorno bipolar. Lo expulsaron del liceo y de varios centros educativos porque él roba desde los nueve años para ayudar a su madre. Es por este motivo que lo internaron en el INAU, institución de la cual escapó rápidamente y en reiteradas oportunidades.

Luciano, durante varias conversaciones que tuvimos, algunas sentados en una plaza, otras compartiendo actividades lúdicas, otras dentro de los talleres (encuadres que consideraba que podía sostener), me manifestaba haber vivido cosas muy fuertes en su infancia: su madre habilitaba el robo, a su vez, ella estaba en pareja con un hombre que consumía drogas y algunas veces su madre llegó a consumir junto a él. Dormía con su madre y su hermano en la misma cama. La vio internada en dependencias psiquiátricas varias veces, situación que lo angustia, y con culpa manifiesta: “Igual la amo”. Y agrega: “Yo lo único que quiero es que mi hermano no viva lo mismo que yo”. Las cosas que vivió, dice, solo él las sabe, y van a quedarse guardadas: “Ya pasaron, ya está...”.

Con su padre no mantiene contacto desde hace años, sabe que está viviendo en la calle, es “chorro”. Su abuelo paterno, con quien tenía un vínculo muy fuerte, y que era un referente para él, estuvo algunos años en prisión por violencia doméstica, situación de la que se entera hace poco tiempo. Se entera también de que tiene otra hermana por

parte de padre, de la misma edad que él, con la que mantenían contacto sin saber que eran hermanos. “Cuando supe, no le podía decir nada. Ella ni siquiera tiene el mismo apellido. Nos mintieron siempre”, comentaba.

Luciano se intentaba mantener al margen de la relación con el grupo, terminaba rápidamente las tareas (cuando quería realizarlas) y se “aburría”, por lo que solicitaba salir al baño, excusa que usaba para realizar algún tipo de acción que rompía las normas institucionales. Realizaba todas estas acciones de forma habilidosa, sin hacer ningún tipo de disturbio. Actuaba en silencio y solo.

Yo veía que en ciertos momentos Luciano me demandaba mucha atención, trataba siempre de generar algún disturbio, con lo que provocaba un desequilibrio en el resto del grupo. Él buscaba continuamente mi atención, buscaba mi mirada. Esta situación se fue incrementando a lo largo del tiempo.

Claramente Luciano probaba mis límites, hasta dónde soportaría esas conductas, hasta dónde podía llegar. Esas fueron sus palabras cuando dijo: “Yo hice de todo porque la estaba probando, yo sabía que se iba a cansar de mí, pero no lo hiciste...”.

A lo largo de este semestre se logró sostener a Luciano dentro de la institución, aún habiendo robado. Se intentó trabajar desde adentro. Sin embargo, una vez que renuncié a mi cargo, la dirección decide expulsarlo.

## Segundo momento

Se había generado un vínculo, motivo por el cual las demandas de la abuela y las constantes solicitudes de ayuda de Luciano hicieron que me cuestionara: ¿desde qué lugar actuar ahora?

Es así que decidí, desde mi lugar de psicóloga, comenzar a trabajar. Sabía que la situación de Luciano estaba cada vez más comprometida. Por este motivo, apunté a intentar institucionalizarlo nuevamente. Lo primero que le propuse fue que ingresara a la escuela técnica en la que en ese momento estaba trabajando, posibilitando nuevamente mi referencia. Previo al comienzo del curso se comunicó conmigo para informarme que no va a concurrir, diciendo: “No quiero quemar todo con usted. Yo sé que me voy a mandar una cagada, y a usted no le puedo hacer eso”.

Mientras tanto, comienza una psicoterapia individual en una clínica del barrio, a la que, tal como me informa su psicóloga, no concurre la mayoría de las sesiones. Al mismo tiempo, comienza unas actividades en otro centro de apoyo a jóvenes. Las encargadas del lugar me llaman solicitando una referencia y una opinión sobre la forma en que deberían actuar con Luciano, ya que una vez más, roba, y al parecer era a mí a quien, tanto la abuela como él, nombraban como "la única persona que se preocupó por el joven".

Surge nuevamente otra demanda, y ¿desde qué lugar actuar? Intenté generar una red que lo sostuviera y me sostuviera. Me comuniqué con la psicóloga particular, que me informa que Luciano prácticamente no concurre a su espacio. A las pocas semanas, vuelven a expulsarlo del centro juvenil.

En ese momento comencé a preguntarme si esto de la institución era algo que Luciano necesitaba o que, por el contrario, le reafirmaba su lugar de excluido y esa sensación de que nadie podía sostenerlo, de que nadie podía escucharlo y nadie podía entenderlo. Observé que la que necesitaba un respaldo institucional era yo, para no trabajar sola, como es aconsejable en situaciones graves como esta. Pero pensé que quizá debía cambiar la estrategia.

Continué trabajando con la abuela. La gran mayoría de las veces la comunicación era telefónica, dándole también a ella un lugar para hablar de la hija, del nieto, de su

historia. Mantuve también entrevistas con la mamá de Luciano, a la que no conocía hasta el momento. Ella me transmitió que en sus momentos de crisis no recordaba lo que hacía, pero que muchas veces pasaba días fuera de su casa: “Un día me encontré Luciano desnuda envuelta en una frazada, cosa que no recuerdo. Con mi pareja Luciano se llevaba muy mal. Él siente que yo lo quiero más que a él, pero no es así. Para mí Luciano es lo que más amo. Él me salvo la vida”. Repitió esto último en varias oportunidades. Me contó que de chica vivió cosas muy duras. Su padre era alcohólico y le pegaba. También vio cómo se moría ahogada una hermana suya, muerte de la que se culpa por no haber podido hacer nada. Ella sintió que su madre y su hermana se complotaron para sacarle a los hijos. También me confiesa, llorando, “algo que nunca se lo dije a nadie”. Consumió cocaína durante un tiempo, pero no mucha, y expresa: “la dejé sin problema”.

Por otra parte, le propongo a Luciano que se acerque a mi actual trabajo algún día a la semana, o más de uno, para que pudiéramos conversar, y poder encontrar así con él la forma de ayudarlo. Luciano concurría, hablaba de los robos en CECAP diciendo: “Yo fui el de los robos. Les saqué a todos. La máquina de fotos fui yo, la plata de Mónica fui yo... A la única que no le saqué ni le sacaría nada es a usted, y eso que estaba regalada... Algún cigarrillo, pero sabía que se daba cuenta...” a lo que le respondí que “estaba regalada” porque siempre confié en él.

Él confiaba en mí y yo confiaba en él, esas expresiones creo haberlas entendido, y pienso haberlas podido escuchar. Eso de no poder fallarme, de no poder mentirme fue clave para poder seguir trabajando. Luciano, tal como dijo, pensó que me iba a cansar, pero no lo hice. Sostuve lo insostenible: un vínculo en el que él confiaba y que a su vez quería cuidar.

Ese período no duró más de tres semanas. Él hablaba de la situación en la que se encontraba, ya estaba robando con una banda en el barrio, iba armado, muchas veces hacía de "camello", guardaba droga, intercambiaron tiros. Su aspecto se había deteriorado producto de su consumo cada vez más frecuente de cocaína y pasta base. Un día me dijo: “Ya no quiero que me ayudes. La única forma en que podés hacerlo es estando todo el día conmigo... Pero no me dejes de llamar”.

Durante un tiempo dejé de trabajar con él. El consumo de Luciano y sus actos delictivos aumentaban. Había robado una casa de cambio, una panadería y la

veterinaria del barrio. Se comunicó conmigo su mamá diciendo: “Luciano está muy agresivo, me pegó”. Por ese motivo, lo internan en un centro psiquiátrico con puertas cerradas (API). Luego comprobé que la denuncia no fue basada en la realidad sino en el deseo de la madre de poder internarlo de forma compulsiva.

Durante el mes estuvo internado se lo veía muy mal. Eligió escribir en un cuaderno, donde decía que se sentía muy solo, que sabía que estaba cumpliendo con el castigo, que era la muerte o eso, que era muy duro estar ahí encerrado, que lo pinchaban todo el tiempo, que veía que lo rodeaban locos y que se estaba convirtiendo en uno más. Pide perdón y agradece a cada uno de los integrantes de su familia. Cuenta que pide más medicación porque no quiere sentir. También le solicita a los compañeros que lo ahorquen hasta que se desmaye o se lo provoca él mismo. De la misma forma, se corta la piel dejándose “marcas de tumbero” (por ejemplo: se hace los cinco puntos, y se marca la primera letra del nombre de su madre y de su hermano).

Luego de un mes sale y se va a vivir con su abuela paterna, de allí Luciano me llama diciendo que necesitaba hablar: “Abrí la puerta y apareció un señor que nunca reconocí, y era mi padre. Estaba en pedo. Se sentó y me dijo que no termine en la calle como él, que no se me ocurra robar adentro de la casa y otras cosas... Yo lo escuché, pero no le pude decir todo lo que tengo para decirle. Lo abracé y se fue...”.

Unos días después comienza nuevamente con las mismas conductas de consumo y robos, y además comienza a aparecer una disputa entre la familia. Estos se contactaron con Dianova, otro centro de internación para jóvenes que se encuentran en situación de consumo problemático de drogas. La asistente social de Dianova me pide que la acompañe en una entrevista con Luciano y en otra con su familia.

Luciano rechaza la posible internación, manifestando que él sabe que “está en el horno”, pero que no quiere internarse, que ya no le importa nada, que la droga es la única forma de olvidarse de las cosas que vivió y de las que sigue viviendo. No quiere dejar la marihuana y dice poder dejar el “basoco” cuando quiera. Nuevamente expresa su temor a dormir solo.

A la entrevista con la familia asisten su madre, su tía y su abuela paterna. Durante la entrevista la madre de Luciano llama a su mamá (abuela materna) para ir informándole acerca de lo que se va hablando. Esta fue una situación que generó en

mí un impacto tremendo. Cada una de ellas manifestaba haber sido la “salvadora” de Luciano, y todas se responsabilizaban la una a la otra. En esta reunión junto con la asistente social, intentamos mostrar que en este caso no había solo responsabilidad de Luciano, que ellas de cierta forma habilitaban estas conductas. Esto generó en ellas un gran revuelo. La madre salió de la sala, llamó a Luciano, lo hizo entrar, y la imagen fue exactamente la que él se había hecho en el brazo (los cinco puntos): la asistente social, la madre, la tía, la abuela y yo sentadas, casi formando un círculo. Él entró y se ubicó en la mitad de la sala. De ahí le empezaron a gritar, y cuando intentó salir su tía se le puso enfrente, negándole la salida y diciéndole: “Vos no te vas a ningún lado... ¿Qué? ¿Me vas a pegar?”.

La interrumpí, solicitándole que por favor que le permitiera la salida, yo salí también para hablar con Luciano. Lo encontré acurrucado en un rincón de la sala de espera. Me acerqué, le dije que estaba en el salir de ese lugar, que tiene muchas virtudes y puede ubicarse desde otro lugar. Y me dijo: "Ya me ayudaste bastante y no sé ni por qué. No quiero escucharte más porque me decís cosas que a veces no entiendo nada, pero que me convencen". Me da un abrazo, agradeciendo y expresando que me quiere mucho y me da una pulsera de plástico que tenía en la muñeca. Le dije que yo creía entenderlo, que si bien me estaba diciendo que no quería escucharme más, también me estaba dando algo de él, porque sabía que yo lo iba a cuidar, y porque sabía que yo iba a seguir estando. Sin embargo, continué diciéndole que hasta ahí habían llegado mis posibilidades, que podíamos intentar buscar la forma en la medida en que él quisiera, y que comprendía que seguirle el juego del quiero pero no quiero no lo iba a ayudar.

### **Tercer momento**

Después de varios meses (siete), Luciano se vuelve a comunicarme conmigo. Me escribe en un Facebook que tengo para los jóvenes con los que trabajo, diciendo que va a ir al Portal Amarillo (otro centro de recuperación) y preguntando si yo podía ir.

En su Facebook apareció una frase que me pareció muy significativa, decía: "La vida me la regalaron, la muerte en cuotas voy pagando".

Nos encontramos en el Portal Amarillo. Una de las primeras cosas que me dijo fue: "Sus sermones y charlas me sirven, siempre me dejan pensando, a veces más *pum* para abajo, otras *pum* para arriba, pero siempre me quedo pensando, y me pones límites, que nunca nadie me había puesto y siempre necesité. Y no sé por qué, pero nunca te pude mentir".

Continúo el trabajo con Luciano. Esta vez la única que se encontraba a su lado era su abuela paterna, con la que no había tenido demasiado trato. Pero fue ella la que decidió sacarlo de la calle, donde vivía hacía varios meses. Habían matado a un amigo suyo en frente de él, a tiros, y tenía una orden judicial por robo. Ya había cumplido la mayoría de edad, por lo que se especifica la necesidad de realizar tratamientos por el consumo como medidas alternativas a la prisión.

Observé cómo seguía pasando el tiempo y Luciano continuaba entrando y saliendo de institución en institución, siendo expulsado de cada una de ellas, así como también de persona en persona. Su abuela materna, su madre y su tía prácticamente no se contactaban con él. Veía que nada en su vida era lo suficientemente estable para sostenerlo. Mientras Luciano gritaba cada vez más fuerte a través de sus actos, quienes lo rodeaban parecían entender cada vez menos el mensaje.

Cuando escucho a Luciano hablando más de la muerte que de la vida me enfrento con mis propios límites. Eso me generó estados de confusión y angustia, y me hizo cuestionarme acerca de los recursos y herramientas psicoanalíticas con las cuales contaba.

Decidí entonces abordarlo desde donde podía. Se había generado un vínculo en el que él creía, pero también sabía que proponerle que viniera al consultorio dos, tres o cuatro veces a la semana no iba dar resultado, por lo que comencé a comunicarme

telefónicamente todos los días. Las primeras veces solo me decía que no quería hablar y yo respetaba su deseo. Otras veces me contaba que estaba “re loco”, y que se ponía “pavo”, por lo que prefería no hablar. Pero día a día notaba una pequeña diferencia. Dejó de rechazar mis llamadas, algunas veces me decía que las estaba esperando. Me contaba que se sentía triste, que le costaba mucho dormir porque la cabeza no le paraba.

También decidí acompañarlo a las entrevistas con diferentes instituciones, buscando un lugar “alternativo a la prisión”. En varias ocasiones me sentía traductora de la realidad de Luciano. En muchas otras veía cómo, o no lo ingresaban, u "olvidaban" registrar la orden de internación. De todas formas, yo aprovechaba los encuentros y las instalaciones de los centros (por lo general no mucho más que algún muro para sentarnos) para habilitar la palabra.

Uno de esos días, mientras esperábamos a la psiquiatra de uno de los centros, se sentó a mi lado, le pregunté si quería contarme algo. Respondió que sí, pero que quería que fuera yo quien le pregunte. Entendí que lo importante era generar cualquier pregunta, y así fue cómo un “¿Cómo te sentís?” fue suficiente. Se acostó en el piso, cerró los ojos y empezó a hablar. Decía que se sentía más o menos por las cosas que vivió y que vive. Recordó sus peores vivencias de cuando era chico: cuando lo separaron de la madre, cuando se la llevaron a internar, o cuando la mamá desaparecía por días y él se quedaba solo con el hermano chiquito a su cuidado, o cuando aparecía “toda mal”. Le pregunté qué pasaba de noche, y me contó que no le gusta la noche, desde siempre, siempre le tuvo miedo a los fantasmas, o espíritus, o esas cosas. No sabe si es miedo a que le hagan algo, capaz que porque fue mala persona y “había hecho todo mal”, por eso merecía que le hicieran algo. Indago las noches de su infancia, si le habían hecho algo que recuerde con miedo, y me pregunta: “¿Si mi mamá me hizo algo?”. Le dije que, por ejemplo, podía ser eso, y me dijo que no, tampoco ninguna pareja de su madre, que sí vio a la mamá teniendo sexo, pero que eso era normal.

Anteriormente había pasado que nos pedía, tanto a su abuela como a mí, cualquier cosa que tuviéramos: mis pulseras, chicles, cigarrillos... Era un pedido constante, al que nos negábamos. Cuando él me cuenta esto de la madre, le hago referencia a lo anteriormente sucedido. Le digo que pienso que esto que me contaba y que él veía como algo tan normal, no lo era. Que él era un niño, y sin embargo ocupaba lugares

de grandes: se hizo cargo del hermano y de la madre, veía a su mamá teniendo sexo. Y que era una cabecita muy chica para entender algunas cosas, que podían haberlo confundido de lugares. Y continué diciendo: “Cuando me pedís que te dé cualquier cosa y yo te digo que no, es porque creo que las cosas que me pedís no son cosas que te pertenecen. Son mis cosas y me pertenecen a mí, y no a ti, y lo mismo con tus cosas. No todo es de todos, ni todos los lugares, ni todas las cosas, ni todos los cuerpos”.

En otro encuentro, mientras él fumaba un cigarrillo, me preguntó si yo sabía qué se necesita para fumar pasta base: “¿Fuego, una pipa y qué más?”. Le dije que no lo sabía y empezó a explicarlo. También me explicó cómo cocinaba la merca para hacer crack. Cuando me habla de las drogas le hago referencia a las prácticas que se realizaba de forma constante, ejerciendo presión sobre su cuello, ahorcándose. Le pregunté si se hacía eso para sentir una sensación similar a la que siente cuando consume. Él se sorprendió al escuchar que yo sabía de qué se trataba, y me responde que sí. Él las llama “flash tumbero”, se lo hizo un compañero en API (centro psiquiátrico donde estuvo internado durante un mes por internación compulsiva a partir de una denuncia de su madre por violencia doméstica), y que a partir de ahí descubrió esa sensación que le generaba un “pegue” similar al que siente cuando consume, a veces hasta llega a la alucinación. Le continué explicando de qué se trataba, describiéndole que al hacer eso se aprieta la carótida, una de las arterias principales, impidiendo que le llegue sangre al cerebro y oxígeno a los pulmones, que es una práctica de altísimo riesgo, no solo por las probabilidades de muerte, sino también por las posibles secuelas que pueda dejarle. Me escuchó con atención. No sabía muy bien si daría resultado positivo o si le estaba dando más herramientas para su muerte. Sin embargo, a los pocos días esta conducta había disminuido de forma considerable.

Y fue así que, en cada conversación personal o telefónica, aparecían cosas muy ricas para trabajar. Noté que escuchaba y entendía mis devoluciones, preguntando sobre aquellas palabras o metáforas que algunas veces le decía.

Él estaba muy preocupado por sus sueños, ya que le interrumpían el dormir, pero me dijo: “Estoy re quemado, ¿sabías? Corte que sueño pero no me acuerdo lo qué”. Soñó con su amigo el muerto, sabía que estaba con él y le hablaba. Le decía algo, pero no

se acuerda de más nada. Otra vez comentó: “Soné todo mal, que me tiraban un tiro, y nada que ver. Después soñé que limpiaban a un pibe de acá del barrio...”. Otro día me manifiesta haber soñado con su abuela materna: “La extraño a la vieja, ¿sabías?”. Tampoco recuerda el sueño, pero piensa estar endemoniado porque habla dormido: “Yo me di cuenta de que grité ‘abuela’, pero estaba dormido, fue raro...”. Veía que nuevamente aparecía esto de lo demoníaco. Le devuelvo que no está poseído, que son sueños, y que uno sueña muchas veces con esas cosas que le dan vueltas en la cabeza, y que a veces uno habla dormido.

En otra conversación comienza a contar que él es fatal. Le pregunto a qué se refiere con ser fatal y con otra voz dice ser Pepito, que tiene diecinueve años. Luego vuelve a hablar con la “voz de Luciano”, y me dice: “Pepito es un compañero que achica ahí conmigo, en el hombro derecho, y en el hombro izquierdo está el que se manda cualquiera, se llama Juan”. Le pregunté si me pasaba con Juan, así hablaba con él, a lo que me responde: “¡Noooo! Juan hoy se levanto con el pie izquierdo y anda re loco”. Le pregunto qué es lo que hace Juan cuando anda “re loco” (expresión que varias veces utiliza él al referirse a su estado). Me responde que putea e insulta: “Él es el que me dice que me mande cualquiera, y Pepito también, se hace el bueno pero también le encanta el faso, pero yo nada. A Juan trato de ni encontrármelo, pero con Pepito está todo bien, lo invito a tomar unos mates y todo”.

Me habla también de la vida y la muerte, de que le advirtieron que se cuidara porque lo estaban buscando para matarlo por haber reconocido al que le disparó a su amigo. A partir de esto, le digo que veía que ese susto lo conectaba con la vida y que lo veía aferrado a ella, que no se estaba dejando morir como notaba que lo hacía antes. Él me dijo que ahora también quería morir, a lo que le respondí que no solo creía que él quería vivir sino que para mí también era importante que él viviera. Sorprendido me preguntó por qué, y le respondí que era porque tenía ganas de poder seguir hablando con él, y que en algún momento me cuente cómo pudo superar situaciones, que era un joven muy inteligente con toda la vida por delante y porque, por sobre todas las cosas, él es un ser humano y solo eso es suficiente para merecer vivir. Me preguntó si realmente creía que él era capaz de salir de esto, a lo que le respondí con total sinceridad que sí, y le dije: “Si no creyera que sos capaz ¿Vos crees que estaría perdiendo el tiempo?”. Fue una frase fuerte, y me dijo con la voz entrecortada que ya no quería hablar más, si lo podía llamar al otro día.

Muchas veces veía como extraña esa forma en la que hablaba de la muerte, esa naturalidad. Sin embargo, en algunos otros momentos me encontré hablando de rapiñas, amenazas, tiros, cuchilladas y persecuciones como si fuese para mí también algo tan cotidiano como para él.

Otro día me cuenta: “Corte que me levanto todos los días pensando en lo que pasó [la muerte del amigo], y yo lo dejé tirado, yo no tendría que haber salido corriendo, corte que si es para uno es para todos, y yo me fui *pum*. Me tiene re quemado eso”. Si bien yo sabía que así son los códigos, debía sacarlo de ese lugar. Durante mi trabajo con él entendí que si se seguía sintiendo parte de los “pibes lateros” o “pibes chorros” no había otro destino que la prisión o la muerte. Por ese motivo, le expresé que lo que hizo respondió a un reflejo natural que todos tenemos para preservar la vida, y que como le había señalado hace poco, pensaba que no porque fuera para el amigo tenía que ser para todos. Cada uno es uno, y esos disparos fueron dirigidos a su amigo y no a él. Le continúe diciendo que cualquier muerte es difícil, pero que esto que estaba pudiendo hacer, el poder hablarlo, con los tiempos que pudiera y de la manera que pudiera, era el camino a seguir para poder superarlo, pero no olvidarlo. Le transmití tranquilidad y le expliqué que iba a ser un proceso largo, pero que él ya había empezado a conectar con la vida.

Durante una conversación telefónica, él comienza a cantar, y me dice: “Buscá esta canción, que es de mí para vos, se llama *Yo tengo un ángel*, y dice:

‘Yo tengo un ángel

que me protege de los envidiosos

que ese ángel me protege y no le importa si yo soy un vicioso

yo tengo un ángel que siempre está, siempre detrás de mí

y un ejército de guerreros y ese ángel me protege de

los que no son sinceros ...”.

Luego de esto, en un encuentro le llevé un cuaderno y le propuse que lo escribiera, o que dibujara lo que quisiera. Él me preguntó si yo podía escribir un libro sobre él. Le respondí que me parecía una muy buena idea la del libro, que lo podía ayudar, pero

que era necesario que él pudiera escribir su propia historia, que eso sí le pertenecía, su historia y, como dice la canción, también su propio destino.

Al mismo tiempo, las comunicaciones con su abuela paterna se hacían más frecuentes. Logré poder llegar a un grado de confianza tal, que pudo comenzar a hablar de su realidad, de su historia. Me contó que a Alejandro, el papá de Luciano, lo echaron a los dieciocho años de la casa por problemas con la bebida y se fue a vivir a la calle.

En otra oportunidad, Luciano me habló de su primera relación sexual. Me dijo: “Fue a los doce años, con una pibita, en un parrillero. Esa fue la primera vez que le vi la cara a Dios”. También manifiesta que no le gusta hablar de su sexualidad, que “Hay muchos que van contando por todos lados ‘esta mina me hizo un pete’. Yo me callo así me lo sigue haciendo”. También habla de cuando roba, me explica cómo hacerlo. Se reúnen primero a arreglar cómo va a ser: el que roba no está armado, porque necesita las manos libres para agarrar el dinero, y el otro que va atrás lleva el arma, o también si va uno solo con una mano apunta y con la otra junta. Se acuerda de historias vividas en Treinta y Tres y me pide que las escriba para el libro. En otro momento, vio mi auto y me dijo que por un auto como el mío “entregaba el culo”. Le pregunté si lo había “entregado” por plata. Me respondió que no, pero cambió rápidamente de tema.

Le hablé de lo difícil que resultaba para mí ayudarlo. Le pregunté si él creía saber cómo poder salir de esto, y me dijo que lo que necesita es que alguien lo quiera. Le respondí que eso ya lo tenía, y me dijo: “Sí, Agustina. Sos la propia, ¿sabías?”. Me preguntó si yo también lo iba a “dejar tirado”, a lo que le respondí que no.

Le pregunté cómo se veía de acá a dos años. Le costó visualizarse, pero me dijo que se veía fumando porro, porque era algo que lo dejaba tranquilo, lo bajaba a tierra. Eso y los ansiolíticos, pero que no le gustaba tomar pastillas. Le pregunté si había probado con el deporte, que correr también generaba eso, y me respondió que sí: “No es por hacerme el cosa pero era muy bueno para el fútbol. Tuve varias oportunidades de jugar en cuadros y las perdí todas por tener la cabeza podrida. Ahora ya no puedo ni caminar que me canso. Y robando. El robo es algo que me encanta, siento que es plata dulce”.

Muestra las cicatrices y dice: “Cada vez que robo me corto. Este fue con mi compañero, cuando terminamos, nos separamos y quedamos en encontrarnos en la esquina. Yo llevaba la plata. La fui a guardar a la casa y cuando salía se me tranca la llave adentro de la cerradura de afuera. Entonces rompí un vidrio, total al otro día lo arreglaba, como tenía plata... Y pensé: me voy a guardar la plata para comprarme pilchas, o no, mejor me compro una tiza que justo sale dos gambas y justo tenía eso, o me voy con los pibes a la esquina a fumarme un porro. Y ahí la cabeza empezó a decir: no, va para la tiza. Y al final agarré seiscientos pesos y me fui a fumar pasta”.

Después me muestra las marcas que se hizo en API: la “t” de “Tabaré”, su hermano; la “m” de “mamá”; “l” y “f” de “la Coló”, su chica; y los balazos que recibió por policías de la metropolitana que estaban en los alrededores de API y le tiraron con balas de goma. Le pregunté por qué no había dicho nada de eso. Me respondió que él nunca dijo nada de todo lo que pasó en API, que a él lo “jadeaban” mucho ahí.

En otro momento, se empezó a mirar al espejo y a preguntarme si era lindo. Le pregunté qué número se consideraba del uno al diez y me contestó que el tres, aunque luego lo cambió por el dos, y comenzó a bromear con preguntarles a las personas que pasaban si les parecía lindo. Luego pasó un hombre y le pregunté si también le importaba la opinión de un hombre. Me dijo que no, pero que en realidad Flor de la V era hombre pero sí le importaba su opinión.

Luego de seguir las normas de concurrir a las reuniones de pre-ingreso en el Portal Amarillo y de continuar con el tratamiento psiquiátrico, lo ingresaron a una internación en el Portal Amarillo, donde me permiten ingresar una o dos veces por semana. En uno de los encuentros comienza a contarme de la sensación de soledad que tiene en ese momento, que le recuerda a lo solo que estuvo durante días y semanas de niño, haciéndose cargo de su hermano. También me contó que sentía que su frialdad se debía a haber vivido en la calle, a haber tenido que comer de los contenedores y que “requechar” para drogarse: “Ahí solo pensás en conseguir uno, dos, tres o cuatro. Siempre quería eso”. Me preguntó: “Ahora que sabés eso, ¿te doy asco?”. A lo que yo le respondí que no. Luego noté que me quedaba mirando fijamente a los ojos, yo le pregunté qué era lo que veía. Me dice que siempre que me ve le trasmite amor, alegría y orgullo. Cuando dijo esto, se le llenaron los ojos de

lagrimas y me pidió que me fuera, diciendo: “No quiero que te vayas pero andate”. Y nuevamente se sacó de su mano una pulsera y me la regaló.

La semana siguiente, cuando lo visité, estaba muy enojado. No quería hablarme, lo único que me dijo fue que estaba “re quemado” porque había consumido ahí adentro y que quería irse de ahí. Repetía enojado varias veces: “No hay nadie, no hay nadie, no hay nadie” y “Ya está, me quemaste”. A los pocos días volví a ir. Su abuela paterna también había ido de visita. Hablé con los dos sobre la necesidad de que Luciano continúe el tratamiento. Sin embargo, treinta minutos después de que me retiré, la abuela había autorizado la salida de Luciano.

Continué trabajado con él. Luego de la salida nos encontramos. Lo primero que me dijo fue que quería que lo perdona. Le dije que creía que no era yo la que debía perdonarlo sino que pensaba que tal vez era él el que no se perdonaba a sí mismo. Me respondió que no, que siempre se culpó de muchas cosas.

Ese día le planteé algunas cosas que iba notando: que cuando comenzaba a sentir algo, fuera agradable o desagradable, él necesitaba rápidamente silenciar o apagar esa sensación; que cuando veía que disfrutaba de algo, o cuando aparecía la angustia él pedía para irse, o que yo me fuera. También le mencioné que había notado lo que pasaba luego de los encuentros con su madre, que son muy erotizados, ya que la toca y la besa en la boca. Como respuesta, su madre se queda quieta, permitiendo el comportamiento. Por otra parte, siempre recae y tiene que salir a consumir pasta base, como si tapara sensaciones con sensaciones más fuertes, producidas por la droga. Y que tal vez su sexualidad tiene que ver con su consumo. A lo que me responde: “Vos sos la psicóloga. Debe ser así”. Pero luego me cuenta que tuvo un sueño en el que él estaba teniendo relaciones con una chica, mientras fumaba pasta.

El siguiente encuentro fue en una plaza en la que había un lago. Entonces me pidió que rodeásemos el lago. Mientras caminábamos, me dijo que se había quedado pensando sobre lo que le había dicho acerca de su sexualidad. Y me dijo: “Una vez vos me habías preguntado una cosa y yo te dije que no, y era que sí, pero era un juego. Mis tíos se iban atrás de los pastizales, y ta, me hicieron eso”. Le pregunté qué era eso. Y respondió: “Eso. Y después me hicieron hacérselo a otro, pero era un juego. Ellos iban todos los días. Yo cuando me rescaté no fui más, fue solo esa vez,

pero era un juego. Después de eso, a los doce años estuve con una chica. Hasta ahí no sabía ni qué hacer, no conocía una concha, no es lo mismo que el culo de un hombre”.

Me dijo que era la primera vez que hablaba de ese tema porque tenía vergüenza de cómo lo iba a tomar el otro. Luego, empezó a caminar por un muro que rodeaba al lago, y me pidió que lo sostuviera de las manos, haciendo fuerza hacia el lago. Me pidió que no le suelte las manos porque se iba a caer al agua podrida. Le respondí que veía que él confiaba mucho en mí, y que si bien él lo sabía, yo le iba a volver a decir que podía confiar, que no le iba a soltar las manos y que las cosas que él me había contado iban a quedar bien cuidadas, de la misma forma que los cuadernos que decidió entregarme cuando salió de la internación.

También le marqué que creía que esto de su iniciación sexual a partir de un “juego” con sus tíos, sumado al hecho de que seguramente al dormir con su madre también había vivido cosas en relación a su sexualidad, podría haberlo confundido un poco, porque en ninguna de las dos situaciones su cuerpo fue respetado. Se quedó callado y me dijo que se quería ir; cambió de actitud completamente, respondiendo de forma agresiva.

Cuando llegó a su casa me llamó, diciendo: “Te hablé mal, pero no era con vos. Es que me quedé pensando después de hablar de eso que pasó, y me acordé de otras cosas. ¿Te parece que es fácil contar que un gurí de ocho años veía coger a su madre con un tipo que ni siquiera conocía? Y no quiero hablar más. Te quiero mucho”.

A los pocos días nos volvemos a encontrar y me cuenta que esa noche se había hecho pichí en la cama, que eso ya le había pasado dos veces. La primera vez fue luego de la muerte de su amigo y la segunda ese día. Se recostó en un banco y me dijo: “Qué raro, me duermo. Me cuesta mucho dormir a mí, no puedo estar solo. Con vos me siento cuidado, aunque siempre tengo la persecuta de que me voy a morir. De noche le tengo miedo a los fantasmas”. Entonces agarró una lapicera y se repasó una de las marcas que se había hecho en API. “Es la ‘m’ de ‘mamá””, dice, y la transforma en otra figura. Luego me preguntó si podía hacerme un tatuaje a mí. Yo le pregunté si estaba preocupado por dejarme una marca, y le dije que yo creía que no era necesario que me marcara la piel. Entonces volvió a marcarse la mano, haciendo una “m”, y después le dibujó un cubo alrededor. Le dije: “Es la caja de tu mamá. ¿Querés abrirla

y ver cuántas cosas hay adentro de esa caja?”, a lo que me responde que es mejor dejarla cerrada.

A los pocos días, luego de una visita de su madre, en la que según su abuela “se chuponeaban”, se despierta con asma y con dolor de pecho. Me cuenta que ayer “judiaba” a la madre y después se arrepentía: “La ahorqué en una y ella me pegó”. Le digo: “Vos la ahorcás a ella, y el que se queda sin aire sos vos. Es como que no pudieras separar lo de ella de lo tuyo”. También intenté que pusiera en palabras esto de besar a la madre, y comentó: “Y si fuera en la boca... ¿Qué problema? Es mi madre, salí de ella”. A lo que yo le respondí que ese era justamente el problema, que era su madre y él ya no era un niño; era un hombre que seguramente sentía cosas cuando la besaba. Le puse el ejemplo de que cuando era un bebé la teta representaba la vía por donde alimentarse. Sin embargo, ahora la teta tenía otra representación, y lo mismo pasaba con la boca.

Durante varios meses continuamos trabajando de esta forma. Al mismo tiempo, continúa con el tratamiento psiquiátrico concurriendo a los grupos del Portal Amarillo. Comencé a coordinar algunos de los encuentros en mi consultorio, le propuse comenzar el liceo.

Empezó a ir al liceo. Si bien no era muy constante, ya que el abuelo no apoyaba la idea de que estudiara, concurría contento, se integró bien al grupo de jóvenes. Se veía una gran mejora en todo sentido: no robaba, no consumía (salvo en puntuales recaídas), concurría al liceo logrando buenas calificaciones, había comenzado una relación con una joven, que luego ella interrumpió.

A finales de mayo me fui quince días de viaje, y en ese mismo momento, su abuela, que hasta ese entonces funcionaba como sostén de Luciano, comenzó a tener pequeñas pérdidas de memoria, mareos, por lo que Luciano dejó de ir al liceo y dejó de tomar la medicación. Perdió todo lo que lo sostenía y tuvo una recaída de casi un mes. Durante ese período, puedo verlo en una sola oportunidad, en la que me pide que dé por terminado el libro.

Actualmente volvió a concurrir a los grupos de pre-ingreso del Portal Amarillo, por lo que ingresó en internación. Se lo ve con una actitud positiva, participa de todas las actividades que la institución propone.

Le propuse que escribiera otro libro. Le dije que creía que ya había cerrado su “libro negro”, que ya había podido escribir su historia, su pasado, sus fantasmas. También le dije que hasta el momento él hacía cosas para generar que el otro hiciera. Por ejemplo, robaba para que lo expulsaran. Hasta su vida dependía de que otro le diera la medicación, que lo acompañara al liceo, que lo acompañara para que no se quedara solo y consumiera, etc. Pero también le transmití que yo creía que era un buen momento para que pudiera pensar sobre qué era lo que él tenía ganas de hacer, qué era lo que él deseaba, y que aún si su deseo era seguir consumiendo, me parecía importante que se pueda conectar con eso. Entonces, a partir de eso, escribe en su nuevo cuaderno algo así como: “Hoy comienzo una nueva etapa. Hasta el momento venía cargando una mochila que me pesaba mucho, que contenía problemas familiares, problemas de consumo, de la calle... Pero hoy quiero dejar esa mochila y empezar a hablar de mi día a día...”.

### III

“Ojala podamos ser tan porfiados para seguir creyendo contra toda evidencia que la condición humana vale la pena. Porque hemos sido mal hechos pero no estamos terminados.”

Eduardo Galeano

## Estructuración psíquica

Comenzar a hablar de las repercusiones que tienen determinadas vivencias en el psiquismo implica, en primer lugar, abordar la temática de la constitución del aparato psíquico desde el punto de vista meta-psicológico.

Partimos entonces de la idea de que el niño nace con un aparato psíquico que no está constituido como tal, sino que se va constituyendo en el entramado vincular. Cuando el bebé nace, su tendencia es a expulsar todo aquello que le causa disturbio, tendiendo al cero, o a lo que se denomina como “principio de Nirvana”, que luego se va a ir transformando a medida que se comienzan a generar vivencias e inscripciones en el “principio de constancia”. Estas vivencias van generando inscripciones, huellas y marcas, que se van organizando.

El inconsciente no existe desde el origen sino que es un efecto de una fundación operada por la represión originaria. La sexualidad, como marca constitutiva de lo inconsciente, se despliega, inscribiendo y ligando lo que irrumpe desde lo otro. Sin embargo, cuando se establece dicha represión, esta lo hace sobre inscripciones previas, generadas justamente por estas primeras vivencias:

“Antes de que se instituya la represión originaria, antes del que el yo cumpla sus funciones de inhibición y de ligazón, la intrusión de lo sexual deja a la cría humana librada a remanentes excitatorios cuyo destino deberá encontrar resolución a partir de conexiones y derivaciones que constituirán modos defensivos precoces.” (Bleichmar; 1993, 40)

El bebé no existe solo, sino que requiere de alguien que pueda cumplir la función de madre, y es a partir de este vínculo que el aparato psíquico se podrá desarrollar, motivo por el cual existe una interrelación estrecha entre el psiquismo infantil incipiente y el inconsciente materno. Todo niño es un “cachorro humano” que deberá ser humanizado. Cuando el niño nace necesita del suministro de una madre, quien será la base a partir de la cual comienza a constituirse la esencia del sujeto psíquico, que se encuentra en desarrollo y estructuración como sujeto deseante. Tal como dice

Calzetta, la tarea constructora de la pulsión de vida se apoya en el cuidado materno y se realiza en el almacén del sistema representacional.

Según Silvia Bleichmar, la función materna y el narcisismo yoico materno son fundamentales a la hora de generar ligazones con vías colaterales a aquellas pulsiones intrusivas y atacantes. Dicho sistema de ligazones, luego de que la represión originaria se instala, oficiará de base para que dicha represión no quede operando como contra-investimento del inconsciente, sino sostenida por un conjunto de representaciones mediadoras. Ese narcisismo materno es fundamental para que la identificación “no caiga al vacío”. Es necesario entonces que la madre no solo sea un sujeto hablante, sino que se acerque con representaciones totalizantes. Estos sistemas de representaciones del auxiliar materno operan generando condiciones de ligazón en el niño y están presentes desde el comienzo.

Por lo tanto, siguiendo a Bleichmar, podemos decir que este Yo no se constituye en el vacío, sino sobre la base de ligazones previas entre el sistema de representaciones preexistentes, y que estas ligazones consisten desde el inicio en investiduras colaterales (conjunto de maniobras amorosas que acompañan a los cuidados primarios con los que la madre efracciona en el niño las zonas erógenas primarias: oral y anal). Y en segundo lugar, este Yo que produce inhibiciones y propicia ligazones del curso excitatorio no está en el incipiente sujeto sino en el semejante humano (un Yo auxiliar materno). Este Yo auxiliar no solo provee los recursos para la vida sino que inscribe de inicio estos recursos en su potencialidad de pulsión de vida, es decir, de un ordenamiento ligador propiciatorio de una articulación de la tendencia regulada a la descarga.

Es sabido hoy en día en el campo de la psicología y del psicoanálisis que a lo largo del tiempo se han ido complejizado las teorías en relación a los procesos de estructuración psíquica. Y junto a esto, la importancia que se le fue otorgando a lo largo del tiempo a la presencia materna<sup>1</sup>, fundamentalmente en los primeros años de vida del niño.

---

<sup>1</sup> Entendemos aquí como materno al rol y no tanto a la persona, es decir, la presencia de otro que esté en condiciones de asistir al niño, de protegerlo, de cuidarlo, de satisfacerlo.

Freud plantea el concepto de Yo de realidad inicial como la primera discriminación objetiva entre estímulos interiores y exteriores, que subsumirá al principio de placer-displacer, posterior a la vivencia de satisfacción. Los cuidados parentales satisfacen simultáneamente las pulsiones auto-conservativas a través de la satisfacción real de la necesidad y de las pulsiones sexuales a través del plus libidinal que acompaña esos cuidados, ubicando al infante dentro del predominio del principio de placer. Así, el desvalimiento es remplazado por un Yo-Placer que prolonga el estado narcisista primordial. Freud llama principio de constancia a la tendencia a evitar el aumento de displacer proveniente de la excitación. El precario Yo en construcción rechaza aquello que pueda devenir fuente de displacer, lo arroja hacia afuera. El Yo-Placer purificado quiere introyectarse todo lo bueno, proyectando la hostilidad hacia el exterior.

Green amplía este concepto del Yo-Placer purificado, colocándolo como núcleo de experiencias placenteras, indispensables para adquirir una organización mínima que permitirá al sujeto tolerar posteriormente lo desagradable, resultado de la díada madre-bebé, y los efectos de calidad y cantidad en la circulación bidireccional de estímulos en juego, que deberán preservarse a predominio del principio de placer. La porosidad de los límites del Yo narcisista puede provocar en el sujeto una tendencia a defenderse de las excitaciones displacenteras provenientes del interior, con los mismos métodos con los que se vale contra un displacer de origen externo. Por lo tanto, las discriminaciones Yo–no Yo e interior–exterior son uno de los primeros desafíos en la constitución de la subjetividad.

R. Spitz, psicoanalista e investigador que estudia los primeros años de vida basados en observaciones, muestra que la deprivación afectiva parcial o total lleva a detenciones del desarrollo, propensión a contraer enfermedades y, en casos extremos, rechazo total del alimento y muerte por marasmo.

Bowlby, por su parte, trabajó con delincuentes juveniles institucionalizados, encontrando en un gran porcentaje de ellos evidencias de una prolongada separación de sus padres, llegando a la observación de una tendencia marcada a la desafectivización y construcción de vínculos mayormente superficiales. La discontinuidad temprana en el vínculo de apego tiene grandes consecuencias en el

sentimiento que el niño tiene de sí mismo, y en la calidad de la construcción de los vínculos afectivos durante toda la vida.

De la misma forma, Aichhorn es uno de los primeros psicoanalistas de los años veinte que creó un hogar educativo para niños y adolescentes, y que comenzó a trabajar en la práctica con estos adolescentes problemáticos. A su vez, anticipa la teoría de Winnicott. Lo que arriesgaba en su práctica era generar un efecto de sorpresa en el joven. Dejaba que el adolescente se escapara del hogar, porque consideraba importante que el adolescente vea que el exterior es menos interesante que el interior. Su hipótesis es que cree que es un error pensar que estos adolescentes se escapan para pedir ayuda o como llamado de atención, y sostiene que lo hacen por la satisfacción, a cualquier precio:

“Ellos creen que los adultos quieren castigarlos y si como analistas actuamos de esa forma, no lograremos más que confirmar que los adultos solo reprimen y castigan”. También es uno de los primeros en mostrar una forma original de dispositivo analítico fuera del consultorio, ya que sostiene que estos adolescentes rara vez piden ayuda.

Winnicott continúa trabajando en esta línea, y observa que lo que le faltó a la gran mayoría de los jóvenes que se convierten en delincuentes fue el cuento de hadas. Por lo cual podría decirse que Winnicott teoriza lo que Archharm presintió.

De forma posterior a Winnicott, aparecen los trabajos de M. Masud R. Khan, que considera que el proceso analítico clínico no puede funcionar sin máscaras, y sin embargo, tiene que trascenderlas de diferentes maneras. Para esto, cada analista inventa gradualmente sus propias máscaras.

## **Deprivación según Winnicott**

Como expliqué en las líneas anteriores, desde los distintos enfoques, y abarcando la materia de formas diversas a lo largo de los años, se considera que más allá de los enfoques divergentes con los que cada uno aborda la temática de la primera infancia, todos ellos tienen puntos en común y concuerdan en lo fundamental: la importancia del lugar de otro, adulto, humano, en la constitución psíquica del infante.

Por tal motivo, y teniendo en cuenta el lugar que ocupa la madre en la estructuración psíquica, cuando pensamos en chicos como Luciano, con importantes fallas en su estructuración, es ineludible poner la mirada sobre el vínculo que la madre tuvo con el niño en los primeros tiempos de vida.

Presentaré entonces la teoría de Winnicott, que afirma que la presencia de una deprivación en etapas tempranas de la vida de un niño puede generar consecuencias complejas en la estructuración del aparato psíquico y en la constitución de la subjetividad. Por lo tanto, en base a la teoría de Winnicott, podríamos identificar que la deprivación no es una simple privación, sino que significa que el niño en un etapa temprana tuvo un vínculo lo suficientemente bueno, que luego perdió. Una presencia que luego se hizo ausencia por un tiempo tan prolongado, que el frágil psiquismo del niño no pudo soportar esa carencia.

Parafraseando a Winnicott, cuando el desarrollo evoluciona de forma exitosa el bebé, que nace en estado de calma, experimenta sus primeros estados de excitación a partir de las primeras lactancias. En algún momento estos estados de excitación generan un “crear” del pecho, y así el bebé comienza a alucinar con el pecho. Con el tiempo, luego de sucesivas alucinaciones del pecho, y cuando estas son acompañadas del pecho real, el bebé comienza a confiar en que aparecerá el objeto de deseo, por lo que soporta su ausencia. A través de la magia del deseo el bebé tiene la ilusión de disponer de un poder creativo, mágico, y esto genera una sensación de omnipotencia de la dependencia de la madre. Es en ese momento en el que comienzan a aparecer los objetos transicionales, como una tela o la mano, que pretenden un control mágico sobre el mundo, y a su vez los fenómenos transicionales que se tratan de las técnicas que el bebé emplea.

Partimos de la idea de que el objeto es un punto de unión del bebé con la madre cuando existe un fracaso a lo largo de todo este proceso, en el que los protagonistas únicos son el bebé y la mamá, y por sobre todo el encuentro de ambos. Si esta madre no puede o este bebé se encuentra demasiado perturbado por las experiencias previas, en lugar de que las relaciones con la realidad externa sean amortiguadas por el uso temporario del estado ilusorio de omnipotencia, se comienzan a desarrollar dos clases de relaciones con el objeto, muy desvinculadas entre sí. Se comienza a crear un falso *self* (sometimiento–conecto pasivamente). Por lo cual, el falso *self* se organiza para mantener a raya al mundo. Y el *self* verdadero permanece oculto, protegido, encontrándose en un estado constante de “relacionalidad interna”.

En términos de integración, al inicio el niño se encuentra en un estado no integrado (no percatamiento), y a medida que comienzan a intervenir los instintos y sensaciones comienzan períodos de integración breves. En estos períodos junto con los factores internos (instintos y expresiones agresivas) y con el cuidado ambiental (madre) se empiezan a visualizar estados de integración (*self*, percatamiento). Como expliqué anteriormente, si el niño tiene recuerdos de cuidados confía en la integración, por lo que puede comenzar a cuidarse solo. Este proceso comienza a aflojar la dependencia, y allí los caminos son hacia la desintegración, cuando existe la capacidad de ser sostenido pero no es suficiente. O también se puede volver temporalmente a momentos de no integración (en momentos de descanso o dentro del espacio terapéutico), pero sabiendo que se es sostenido, logrando luego la re-integración.

La desintegración se trata de un proceso defensivo activo. Es la defensa contra la no-integración así como contra la integración. Para explicar dicho proceso, y como mencioné anteriormente, Winnicott centra todo el desarrollo en la primera relación del niño con la madre, por lo que el proceso de ilusión y desilusión a partir del nacimiento es fundamental. La madre es quien comienza a crear ilusión y desilusión, y al principio la desilusión es de corta duración. El niño comienza entonces a sacar provecho de estas desilusiones, haciendo reales a los objetos, tanto a los odiados como a los amados:

“La madre le ofrece a bebé la oportunidad de crearse la ilusión de que su pecho es parte de él, parece encontrarse frente a un dominio mágico... La tarea posterior de la madre consiste en desilusionar al bebé en forma gradual, pero no lo logrará si al principio no le ofreció suficiente oportunidad de ilusión” (Winnicott ;1971, 41).

Esta relación con el objeto es importante para identificar justamente dónde se genera la falla del desarrollo. Como vimos, la relación primaria con el objeto es de fusión, en la que el pecho es parte de él. Pero para poder hacer uso del objeto, se tiene que dar un paso de la relación al uso, lo que implica que el sujeto destruye al objeto. No solo se destruye el objeto por estar por fuera de la zona de omnipotencia, sino que es la propia destrucción lo que lo coloca fuera de la zona de control, pudiendo con esto poder percibir al objeto como algo exterior. Y ahí es cuando el objeto, o sobrevive, o no sobrevive a la destrucción. Y el sujeto solo es capaz de utilizar al objeto si este sobrevive a su destrucción, donde sobrevivir es no tomar represalia:

“El objeto transicional se representa en el pecho materno, objeto de la primera relación. Es anterior a la prueba de realidad establecida. En relación con el objeto transicional, el bebé pasa del dominio omnipotente (mágico) al dominio por manipulación (que implica el erotismo muscular y el placer de la coordinación). A la larga el objeto transicional puede convertirse en un objeto fetiche y por lo tanto persiste como una característica de la vida sexual adulta. A consecuencia de la organización erótica anal, el objeto transicional puede representar las heces.” (Winnicott; 1971, 38).

Para Klein, el objeto transicional no es un objeto interno; es una posesión, pero sigue siendo un objeto exterior.

## **La ilusión y su valor**

Continuando con esta línea, Winnicott plantea que lo transicional no es el objeto, sino que representa la transición del bebé de un estado en el que se encuentra fusionado a la madre a uno en el que relación con ella ocurre como algo exterior y separado, saliendo así de una relación del tipo narcisista:

“La madre lo bastante buena comienza con una adaptación casi total a las necesidades de su hijo, y a medida que pasa el tiempo se adapta, poco a poco, de manera menos completa... Si todo va bien puede sacar provecho de la experiencia de frustración, puesto que la adaptación incompleta a la realidad hace que los objetos sean reales, es decir, odiados tanto como amados. La consecuencia es que si todo va bien, el bebé puede resultar perturbado por una adaptación demasiado estrecha a la necesidad...” (Winnicott; 1971, 40).

La confianza con la madre constituye entonces un juego intermedio, en el que se origina la idea de lo mágico, pues el niño experimenta en cierta medida la omnipotencia.

La etapa siguiente consiste en encontrarse solo en presencia de alguien:

“El principio de realidad envuelve al individuo en la ira y la relación destructiva. Pero la destrucción desempeña un papel en la formación de la realidad, pues ubica al objeto fuera de la persona...” (Winnicott; 2012).

Identificando entonces la deprivación en estas etapas del desarrollo en las cuales, si existió por un tiempo algo del vínculo materno lo suficientemente bueno, una ilusión, pero si la desilusión fue prolongada durante un tiempo tan extenso que el chico no generó la capacidad de recordar y así crear el auto-cuidado, correspondiendo a la etapa de la dependencia relativa, no logra, en consecuencia, la independencia absoluta. La identificamos en una deprivación o falla en lo arcaico, refiriendo a este momento como un momento pre-edípico.

## **Dónde ubicar el problema**

Si bien desde muchas teorías, y hasta desde mi fantasía, me gustaría identificar “el trauma” o momento exacto en el que se produce una ruptura tal que genera consecuencias lineales y claras, que pueden observarse en los síntomas o manifestaciones de años posteriores. La práctica y la realidad me muestran que somos consecuencia de construcciones o deconstrucciones, si es que se puede hablar de secuencia de “traumas”.

Me fue necesario el poder diferenciar algunos conceptos, delimitar los significados de trauma y de situaciones traumáticas. Para este cometido me basé fundamentalmente en la diferenciación clara que realizan Moty Benyakar y Álvaro Lezica en su libro *Lo traumático*, en el que introducen dichos conceptos.

Si seguimos esta línea, podríamos visualizar en la vida de Luciano situaciones disruptivas. Entendiendo, en este caso, lo disruptivo como una cualidad que caracteriza a la situación y que es el principal responsable de que estos hechos del mucho fáctico impacten en el psiquismo. Esta capacidad se vincula con la capacidad de generar efectos intra-psíquicos desestabilizantes, resultantes de diferentes reacciones psíquicas. Llamamos situaciones disruptivas a las diversas situaciones que presentan esta cualidad (Benyakar; 2003, 32).

Por lo tanto, al deberse a una cualidad de lo fáctico, lo que sería las situaciones problemáticas va más allá de los deseos activados en el sujeto. Estas situaciones disruptivas exigen al narcisismo y a los instintos de auto-conservación, lo que desestabiliza entonces son directamente las pulsiones de auto-observación y la tendencia omnipotente de dominio. Cuando se introduce el término traumático es porque se genera una determinada falla en la elaboración psíquica, pero esta falla no podría estar vinculada de antemano a ninguna situación o hecho particular:

“Nos referiremos a los eventos fácticos externos desestabilizantes como situaciones disruptivas y no necesariamente traumatogénicas. El procesamiento singular que cada sujeto haga de sus vivencias permitirá discriminar los diferentes modos de impacto en cada psiquismo y si ha tenido o no un efecto traumático” (Benyakar & Lezica; 2006)

Por lo tanto, lo traumatogénico no refiere a una causalidad a partir de algún hecho, sino a una causalidad estructuralmente compleja.

Ahora bien, en este caso particular podemos visualizar algunas de las situaciones disruptivas que estuvieron presentes en la vida de Luciano como vivencias traumáticas, no por ser dolorosas sino por generar una falla en los procesos y en la continuidad procesal, producida por la desarticulación o no articulación entre el afecto y la representación.

#### IV

“Solo los tontos creen que el silencio es un vacío. No está vacío nunca. Y a veces la mejor manera de comunicarse es callando.”

Eduardo Galeano

## Adolescencia

Si pensamos en los adolescentes, sabemos que debemos atenernos a ciertas características e incorporarlas si no queremos que nuestro trabajo con ellos fracase. Es complejo, en la medida que no se puede hablar de La adolescencia, sino, tal como explica Marcelo Cao, de “la condición adolescente”. Si bien hay muchas adolescencias existen invariantes funcionales que suceden simultáneamente en todas ellas, que nombraremos a continuación:

- caducidad de los recursos y operaciones infantiles;
- narcisismo en jaque, exigencia de refundación del psiquismo;
- reformulación del Yo y del Super Yo (remodelación identificatoria);
- búsqueda de modelos y puntales;
- reedición edípica;
- moratoria social;
- identidad por pertenencia;
- enfrentamiento generacional (imaginario adolescente versus ideales paternos).

En este proceso de desprendimiento material y simbólico de la familia de origen, en esta salida a la exogamia, momento de reestructuración psíquica, hablamos de una urgencia identificatoria y una urgencia vinculatoria, donde lo social cubre una importancia subjetiva.

Entonces hablar de adolescencia es hablar de una etapa crítica que supone riesgos, aquellos riesgos inevitables, propios de esta etapa y productos de la salida al mundo, que son posibilitadores de transformaciones y cambios. Estos riesgos son momentáneos y no implican destrucción psíquica. Son resultantes de un momento en el que historia y proyectos, pasado y futuro se entrecruzan. Esas crisis que deben vivirse y que implican una pelea con el mundo adulto, en las que el adolescente se enfrenta con tres tareas fundamentales:

- Escribir su propia historia
- Encontrar un grupo de pares
- Adquirir un pensamiento donde las fantasías tengan lugar.

## Patología adolescente

Sin embargo, no todos los adolescentes viven esta etapa de la misma forma. Por lo tanto, referirse a la patología adolescente es referirse a aquellos adolescentes que no pueden enfrentarse a estas tareas. Cuando la pérdida a la cual está sujeto es imposible de elaborar, cuando aparece en juego el derrumbe de toda la estructura, aparece otro tipo de crisis, y los riesgos ya no son los propios de esta etapa, sino que son el resultado de un quiebre psíquico. Tal como expresa Beatriz Janin en *Patologías graves en la adolescencia. Los que desertan*:

“Hay adolescentes que no pueden enfrentar la pelea y hacen una retirada en la que arrasan con ellos mismos. Esta resolución de la crisis tiene sus raíces en una estructuración psíquica incapaz de soportar el caos de pasiones e ideales. Considero que son adolescentes que, frente a la crisis, desertan de entrada. Y cuando hablo de desertación, no me refiero solo a los que desertan en la escuela (que es solo una de las cartas de la huida), sino al abandono de toda lucha, que deriva en una vuelta sobre sí de la agresión. Abandono que se manifiesta en abulia, abatimiento, negativa a estudiar y trabajar y que puede derivar en adicciones... Un tiempo previo a la adicción, el cual no fue registrado como patológico, en el que aparece la huída de todo vínculo, dormían todo el día, o tenían momentos de desborde, fluctuando entre estallidos violentos y estados de abulia, o eran incapaces de resolver solos las mínimas exigencias escolares.... encontrándose con ese ‘antes’ perturbado en el que se insinuaba una oposición, un conflicto, exigencias internas y externas y un borrar-borrarse”.

A continuación expondré algunas de las consecuencias expuestas por Beatriz Janin, que hace referencia a esta desertación frente al dolor y la crisis. En estos casos, allí donde debería de haber lucha y rebeldía hay abatimiento y apatía.

- a) En lugar de duelos a elaborar, un dolor insoslayable que arrasa con todo.
- b) En lugar de identificaciones nuevas, tambaleo de las antiguas, armadas en un “como si”.
- c) En lugar de la salida exogámica, presencia en el vínculo incestuoso (a veces bajo la forma del odio).
- d) En lugar de la reorganización representacional, un vaciamiento representacional.

- e) En lugar de la representación de la nada posibilitando las representaciones abstractas, borramiento de estas últimas y desmentida de la idea de muerte.
- f) En lugar de proyectos, un presente considerado eterno.
- g) En lugar de reaseguro narcisista a partir de logros, sensación de fracaso o salida megalomaniaca.

Luego de este primer momento, en el cual lo que se quiere es aplacar el dolor, aparece un segundo momento, en el que no sentir le genera al adolescente desazón, dejándolo con vivencias de vacío, de no-vida. Por lo tanto, frente a esto se comienzan a buscar “emociones fuertes”: alcohol, drogas, velocidad, golpes, como elementos que lo sacudan, que lo saquen del estado de apatía. De igual manera que necesita las drogas como forma de sentir algo, como expuse anteriormente, necesita buscar emociones fuertes que lo sacudan y lo saquen de ese estado inicial de abatimiento. Los desbordes agresivos también son una forma que tienen estos adolescentes de intentar aniquilar la pulsión, proyectándola afuera. En consecuencia, destruyen el afuera buscando una supuesta paz interior. En este caso, en el que el causante del “exceso” fue el objeto-sujeto externo, se sienten atacados y reaccionan con estallidos de violencia. Sin embargo:

“La violencia también puede ser el modo en que alguien existe, que es alguien, que impone su voluntad y logra así un lugar en el mundo, en un momento en el que él no sabe muy bien quién es y el contexto tiende a excluirlo.[...]Si el conflicto es insoportable, es posible que quiera arrancar de sí todo aquello que le recuerde esas identificaciones. Y a la vez ese que es él es el producto de esas identificaciones y no puede renunciar a ellas sin renunciar a parte de sí mismo, y esto lo conduce a un estado de vacío interno y confusión identificatoria.[...]Es la tentativa de ‘sacar de sí’ todo aquello que vive como presencia materno-paterna dentro de él. Sin embargo él ‘es’ ya rasgos maternos-paternos, identificaciones estructurantes que lo sostienen. Pero si las identificaciones se han ido edificando en un ‘como si’, como una cáscara vacía, la sensación de ‘romperse en mil pedazos’ en el cambio lo abrumará permanentemente. Esto facilita que se aferre a algo-alguien para sostenerse, algo-alguien que le garantice ese entorno de cuidados, disponibilidad, sostén, que anhela, y fundamentalmente, algo-alguien que le haga sentir existiendo” (Beatriz Janin; 2010).

## **Tendencia antisocial**

Esta tendencia no es un diagnóstico ni admite una comparación con la neurosis o la psicosis. Sin embargo, puede aparecer en individuos neuróticos o psicóticos.

Luciano, durante su crecimiento, comienza a manifestar lo que llamamos tendencias antisociales. Desde niño comienzan a aparecer agresiones, conductas destructivas dirigidas al entorno. Continuando con la línea de Winnicott, cuando existe un chico con tendencia antisocial, ese hecho nos está hablando de que él mismo, durante algún momento temprano de su infancia, sufrió una verdadera deprivación, y no una simple privación. Es decir, el niño perdió algo bueno que en algún momento ejerció un efecto positivo sobre su experiencia y que le ha sido quitado. Esta situación ha persistido por un lapso tan prolongado que el niño ya no puede mantener vivo el recuerdo de la experiencia vivida. Podríamos entonces definir dichas conductas como una enfermedad psicológica, que se reduce a que lo que tiene que ver con los niños con tendencias antisociales y su relación con la delincuencia se debe a “la carencia de vida hogareña”.

“Un niño normal tiene confianza en el padre y la madre, actúa sin ningún freno. Ahora cuando el hogar no proporciona al niño las cosas necesarias antes de que haya establecido la idea de un marco como parte de su propia naturaleza. Al encontrarse ‘libre’, procede a disfrutar de esta situación. Esto está muy lejos de la verdad. Al ser destruido su marco de su vida, ya no se siente libre, se torna ansioso y si tiene esperanzas comienza a buscar un marco fuera del hogar. El niño cuyo hogar no logra darle un sentimiento de seguridad, busca las cuatro paredes fuera de su hogar; todavía abraza esperanzas, apelando a los abuelos, tíos, amigos de la familia, la escuela. Buscando una estabilidad externa. Si alguien se la proporciona en el momento adecuado este niño puede pasar en esos primeros años de la dependencia gradualmente a la independencia. El niño con tendencia antisocial simplemente busca un poco más lejos, apela a la sociedad en vez de a familiares y a la escuela, a fin de que le proporcionen la estabilidad que necesita para superar las primeras y esenciales etapas de su crecimiento emocional” (Winnicott; 1984, 139).

La delincuencia indica que todavía hay esperanza. A veces la conducta antisocial es un S.O.S en busca del control ejercido por personas fuertes, cariñosas y seguras. El sentimiento de seguridad no se estableció lo suficiente durante los primeros años de

vida como para que este lo incorpore a sus creencias. Un niño antisocial puede mejorar aparentemente bajo un manejo firme, pero si se le otorga libertad no tarda en sentir la amenaza de la locura. De modo que vuelve a atacar a la sociedad con el fin de establecer el control exterior. El niño antisocial, enfermo, que no ha tenido la oportunidad de desarrollar un “buen ambiente interno” necesita un control externo para sentirse feliz. Entre ambos extremos (niño normal/niño antisocial) hay otros niños que pueden adquirir confianza en la estabilidad si se les proporciona durante varios años una experiencia continua de control ejercido por personas afectuosas.

## Orientaciones de las tendencias antisociales

Las tendencias antisociales, plantea Winnicott, presentan dos orientaciones, muchas veces acentuándose más una que la otra:

1. El robo, mediante el cual el niño o joven busca algo en alguna parte. Al no encontrarlo, lo busca por otro lado, si aún tiene la esperanza de encontrarlo, tal como explicamos anteriormente.
2. La destructividad, mediante la cual se busca un grado de estabilidad ambiental capaz de resistir la tensión provocada por su conducta impulsiva.

Por lo tanto, estas dos orientaciones están presentes en toda conducta antisocial, en mayor o menor medida, prevaleciendo una sobre la otra (la búsqueda del objeto y la destrucción).

El robo y la mentira son el centro de las conductas de Luciano. Sin embargo, la destructividad también está presente. Si vemos que ambas conductas están dirigidas hacia fuera, hacia el entorno, significa que este comportamiento es producto de la presencia de una buena experiencia temprana que luego perdió:

“El bebé ha adquirido la capacidad de percibir que la causa del desastre radica en una falla ambiental, por lo que comienza a buscar una respuesta o cura por medio de una nueva provisión ambiental, pero son incapaces de aprovecharla. Entonces lo que hace es agitar al ambiente que lo rodea, poniendo a prueba una y otra vez la capacidad de ese ambiente de soportar la agresión, prevenir o reparar la destrucción, tolerar el fastidio...”  
(Winnicott; 1950).

La enfermedad no se genera por la pérdida de eso que existió en sí misma, sino por el momento en que se genera esa pérdida, momento en que el Yo inmaduro del niño fue incapaz de experimentar el duelo. Si lo vemos desde “Duelo y Melancolía”, lo que sucede cuando el niño no puede experimentar el duelo es que cae en una melancolía. Esto quiere decir que la libido que se depositaba sobre el objeto amado o mundo exterior pasa a ser depositada sobre el Yo. Esto implica, por un lado, la identificación

narcisista, y por otro lado, la ambivalencia de que el amor-odio que en la normalidad se deposita sobre el objeto amado, es ahora depositado sobre sí mismo, castigándose.

### **El robo**

“La mayoría de los delincuentes son en cierta medida enfermos”. El joven antisocial no ha tenido la oportunidad de desarrollar un “buen ambiente interno”, por lo que necesita controlar de forma absoluta el exterior para sentirse feliz:

“Cuando un niño roba fuera del hogar, también busca a su madre, pero entonces con mayor sentimiento de frustración, y con una necesidad cada vez mayor de encontrar, al mismo tiempo, la autoridad paterna que ponga un límite al efecto concreto de su conducta impulsiva, y a la actuación de sus ideas que surgen de su mente cuando está excitado. En la delincuencia lo que encontramos es la necesidad aguda de un padre estricto, que proteja a la madre cuando aparezca. El padre estricto que el niño evoca también puede ser afectuoso, pero en primer lugar estricto y fuerte. Solo cuando la figura paterna estricta y fuerte se pone en evidencia, el niño puede recuperar sus impulsos primitivos de amor, su sentimiento de culpa y su deseo de reparar. A menos que se vea envuelto en dificultades, el delincuente solo puede tornarse más inhibido para amar, y en consecuencia más y más deprimido y despersonalizado, y en consecuencia incapaz de sentir en absoluto la realidad de las cosas, excepto la realidad de la violencia”

(Winnicott; 1950).

Los chicos que roban lo hacen porque creen que algo del afuera les pertenece. Buscan en su entorno eso que perdieron, que vivieron, pero que se fue; lo agarran; lo incorporan como propio.

V

“Entre todos los rehenes del sistema, ellos son los que peor la pasan. La sociedad los exprime, los vigila, los castiga, a veces los matan; casi nunca los escuchan, jamás los comprenden.”

Eduardo Galeano

## Avatares y rupturas de la Posmodernidad

En las palabras preliminares del trabajo, realicé una referencia al momento socio-histórico en el cual nos encontramos, ya a que no podemos pensar ni en individuos ni en sujetos aislados, sino dentro de un contexto. No solo el contexto de la historia familiar, sino el momento socio-histórico en el cual tanto el paciente como analista estamos ubicados. Es importante tener en cuenta en qué momento se piensa determinada problemática, y abarcando inevitablemente lo macro para visualizar lo micro.

Si bien desde la mirada psicoanalítica me basé principalmente en la teoría que realizó Winnicott en relación al término de deprivación, considero que no se puede pasar por alto que hoy, en el siglo XXI, ya no nos encontramos con la deprivación que teoriza Winnicott, a partir de chicos criados durante la guerra y posguerra. Que, si bien conceptualmente utilizó sus estudios para comprender la ruptura psíquica que pudo estar generando, es importante contextualizar los resultados de su investigación.

Considero este punto significativo, ya que trasciende lo que llamamos teoría psicoanalítica, para ubicarnos en lo que podrían ser las prácticas psicoanalíticas. Los problemas resultantes de una época (el hambre, la velocidad con la que todo pasa, la desigualdad social, la discriminación) llevan a la necesidad de pensar en sujetos diferentes a los que Winnicott hacía referencia, a los que Freud hacía referencia. Hablo de sujetos y no de individuos, que luego se vinculan:

“Nacemos en un mundo de significaciones que nos preceden y nos atrapan, mucho antes de que nuestra cogitación conquiste alguna autonomía, o en términos de Freud, pertenecemos a muchas almas colectivas antes de conquistar una parcela de individualidad y singularidad” (Viñar; 2002).

Son sujetos, sujetos en la nada, y no como consecuencia de una guerra mundial, sino de una época líquida, donde “solidez” es una palabra extraña. Estos sujetos y subjetividades son nuestros nuevos desafíos, pero son también desde donde miramos, porque mi mundo también es este. Somos sujetos sociales y trabajamos desde y con sujetos sociales.

## **Modernidad-Posmodernidad**

Ya no nos encontramos ni pensamos desde la Modernidad, que se caracterizaba por la solidez de su propuesta, por el progreso y la visión de futuro. Se establecían leyes universales, códigos comunes, referentes sobre los cuales las instituciones podían apuntalarse y sostenerse. Esta época permitía intercambios, estabilidad y confianza a las instituciones, produciendo de esta forma identidad. Esos tiempos sólidos eran proveedores de sentido y consistencia, la base sobre la cual se apoyaban las instituciones y los paradigmas sobre los que se construía una subjetividad en la continuidad, la permanencia de un tiempo-espacio, que daba lugar a la articulación de pasado, presente y futuro, con la idea de progreso de la humanidad.

Frente a los tiempos líquidos, con el flujo de capital y la lógica mercantil caracterizada por la velocidad de sus cambios, encontramos instituciones estalladas. Se comienza a perder la referencia, la solidez. Las instituciones pierden amparo y, por sobre todas las cosas, estallan. Se pierde la identidad:

“Esto a lo que en los jóvenes de hoy llamamos cultura de la urgencia y cultura de lo ilimitado, con pasaje al acto (agresiones sociopáticas) o pasaje al cuerpo (adiciones o trastornos alimentarios), cuadros que expresan o traducen la crisis de una relación armónica entre el sujeto y su mundo, hechos en que lo íntimo y colectivo se acompañan. Hoy la crisis de los referentes exige a cada sujeto un mayor trabajo en el parto de su singularidad, que cuando fracasa producen las patologías que están en auge y que tienen como común denominador el sobreinvertimiento de una actualidad candente sin despliegue diacrónico hacia el pasado y el proyecto” (Viñar; 2009, 53).

En nuestro continente la exclusión social es producto de este cambio guiado por el orden económico y no tanto religioso o étnico, como sucede en otros continentes. La pobreza, la indigencia y la marginalidad, dice Viñar, determinan la expulsión de un orden sociopolítico (es decir, simbólico) y destruyen o cambian las coordenadas de ese rasgo definitorio de la condición humana que llamamos lazo social: “La marginalidad, como la caja de Pandora, tiene todos los males, menos la esperanza” (Viñar; 2009, 98). La exclusión social es producto de estos tiempos. Lo que no sirve se tira, se separa o se excluye de la comunidad de los hombres, y por lo tanto de un aspecto esencial que define a la condición humana.

Viñar toma de Bauman un concepto que a su vez apoya, que plantea que la exclusión social es un problema que va en aumento. Por esta razón, quienes trabajamos en el área de la salud mental deberíamos incrementar la atención sobre estos hechos como factores patógenos:

“No hay salud mental pensable cuando el sujeto es excluido de su condición de hombre, y los psi tenemos aún mucho para aprender y para investigar de las conexiones e interacciones entre la patología del psiquismo y la clínica de lo social”.

Y planteo también en este capítulo los temas de la realidad y del contexto social ya que nos debemos enfrentar, en casos como el de Luciano, con situaciones extremas, en las cuales la forma del funcionamiento psíquico tal vez opere de forma diferente. Por lo tanto, es necesario crear dispositivos diferentes de trabajo, salir del consultorio y comprender que hay un sector social que no se encuentra en plena posesión de su vida, que hay una gran parte de la sociedad que transita por la vida sin lugares, sin proyectos a cumplir, donde nadie espera nada de ellos:

“Quien es hijo de esa nada de la nuda vida, no está en plena posesión de su vida. En la exclusión, esas condiciones imprescindibles para la humanización pueden no estar dadas, por la patología psíquica o social de los progenitores o por un desgarro catastrófico del tejido social (pobreza, guerra, hambre, desempleo). Es en esta profunda herida del psiquismo donde los planes de ayuda y reparación social no pueden incidir directamente y donde el psicoanalista tiene una tarea específica que cumplir” (Viñar; 2009, 106 ).

VI

“Y al fin y al cabo, somos lo que hacemos para cambiar lo que somos”

Eduardo Galeano

## Proceso terapéutico

### Psicoterapia individual: ¿tratamiento efectivo?

Luciano, desde hace varios años, mantiene conductas antisociales, reforzadas por las referencias o personas posibles para identificarse, pero también sostenidas por las muchas instituciones que no lograron dar una estructura suficiente para que él la sintiera como contenedora. Según la experiencia propia de este caso, y compartiendo las ideas extraídas de Winnicott:

“El psicoanálisis no sería el tratamiento indicado para chicos con tendencia antisocial. El método terapéutico apropiado consiste en prever al niño de un cuidado que él pueda redescubrir y poner a prueba. La terapia es proporcionada por la estabilidad del nuevo suministro ambiental. Los impulsos del ello solo cobran sentido si el individuo los experimenta dentro del marco de las relaciones del yo; cuando el paciente es un niño o joven privado, las relaciones del yo deben obtener el soporte de las relaciones del terapeuta. El ambiente es el que debe proporcionar una nueva oportunidad para las relaciones del yo, por cuanto el niño ha percibido que su tendencia antisocial se originó en una falla ambiental en el soporte del yo. Si el niño es un paciente psicoanalítico el analista tiene dos alternativas, o hace posible que la transferencia cobre peso fuera del marco analítico, o prever que la tendencia antisocial alcanzara su máxima potencia dentro de la situación analítica y estar preparado para soportar el impacto” (Winnicott; 2011, 142).

Y también expresa: “El terapeuta puede hacer un análisis prolongado e interesante del paciente sin alterar este tipo de síntoma, que no pertenece a las defensas neuróticas ni psicóticos del paciente” (Winnicott; 2011).

Por lo tanto, según lo anteriormente expuesto, el tratamiento adecuado para la tendencia antisocial no es psicoanálisis, sino la posibilidad de ir, como dice Winnicott, “al encuentro de un momento de esperanza y estar a la altura de él”. Entonces, se puede hacer psicoterapia, pero fundamentalmente el tratamiento que se adecúa a este tipo de paciente es, más bien, poder proporcionarle un ambiente firme y estable, con cuidado y amor. Sin esto último es probable que la psicoterapia personal no tenga éxito. Es necesario proporcionarle al chico una estabilidad que pueda llegar a

conocer, que pueda poner a prueba, en la que gradualmente llegue a creer, y en torno de la que pueda desplegarse, crear.

Lo esencial en el caso de Luciano fue la creación de estabilidad, sobre todo la estabilidad emocional. Para esto, yo sabía que el vínculo tendría que permanecer estable durante un tiempo prolongado, lo suficientemente prolongado para alcanzar la confianza del joven.

La capacidad de improvisación como terapeuta fue fundamental, ya que constantemente debía sorprenderlo y responder a actos inesperados y situaciones nuevas. Como segundo punto comprendí que era muy difícil lograr algún tipo de modificación sola, ya que la presencia constante de otro era fundamental. Trabajar con la abuela paterna, dándole lineamientos de cómo y por qué sostener al chico fue necesario y fundamental. El objetivo era intentar de esta forma crear un sustituto de hogar, tal como dice Winnicott: ser proveedor de cosas, horarios, educación, así como también generar figuras parentales sustitutas (abuela-madre, abuelo-padre), y que estas sean capaces de soportar las pruebas que Luciano les ponía.

Basándome en lo que indica Winnicott, expondré las tres fases de las conductas del chico cuando se incorpora a un hogar:

- 1) En la primera y breve fase, el chico se muestra notablemente “normal”, alienta nuevas esperanzas, rara vez ve a la gente tal como es. Casi todos pasan por este período de buena conducta. El chico, no es que vea que son buenos, ocurre que simplemente no los ve sino que imagina que lo son. Él comienza con un ideal que está destinado a derrumbarse.
- 2) Segunda fase: derrumbe de su ideal. El adolescente comienza a poner a prueba en forma física al edificio y a la gente: quiere saber cuánto daño puede causar y hasta dónde puede llegar impunemente.
- 3) Si las personas soportan estas pruebas, el chico pasa a la tercera fase, se acomoda.

Cada uno podrá soportar todo esto en tanto haya podido sacar algo bueno y positivo. Esto es, en tanto haya encontrado personas dignas de confianza y haya

comenzado a construir un sentimiento de confianza en estas personas y en sí mismos. Necesitan que se respete la ley y el orden, y este respeto constituye un alivio para ellos, pues significa que la vida en esta casa y las cosas buenas que esta representa serán preservadas a pesar de todo lo que ellos puedan hacer.

Comprendí que estos abuelos presentaban un compromiso y un involucramiento emocional fundamental para poder tomar ese lugar, y a la vez, fue necesario también mi propio compromiso emocional, ya que lo que estos chicos buscan es una experiencia primaria. No logran progresar a menos que alguien se comprometa emocionalmente con ellos. Cuando estos chicos comienzan a sentir esperanza, lo primero que hacen es exasperar a alguien.

Hoy se presentan en nuestras clínicas de tiempos de paz y comprobamos que necesitan exactamente lo mismo que aquellos otros que se encontraban atravesando una guerra. Su ambiente familiar les ha fallado, necesitan de estabilidad ambiental, manejo personal y continuidad del manejo.

## **Psicoanalizar la exclusión**

La psicoterapia personal apunta a capacitar al niño para completar su desarrollo emocional. Esto implica varias cosas, incluyendo el establecimiento de una buena capacidad para sentir la realidad de las cosas, tanto externas como internas, y para lograr la conformación de la integridad individual.

El hecho de trabajar con tal vulnerabilidad me llevó a la incertidumbre de pensar constantemente si algo de lo que se hacía generaría algún cambio a nivel psíquico. Pero en esa incertidumbre no solo apuntaba al sujeto, sino también a generar cambio en la red en la cual estamos y están inciertos. Somos agentes que nos cruzamos con estos chicos, muchas veces en momentos cruciales, y una mirada desde nuestro lugar puede implicar un cambio significativo en su historia y el porvenir.

Comparto las ideas de Silvia Bleichmar cuando dice que no se puede trabajar si no se cree que existe la posibilidad de cambio, si no existe esperanza y confianza en que desde nuestro lugar produciremos transformaciones: “No se puede transformar para el presente, es necesario transformar para el futuro”. Y para que exista futuro, tiene que existir un proyecto, y para que exista un proyecto tiene que existir un protagonista.

En el caso de Luciano, el escribir su historia fue hacerlo partícipe y protagonista de su propia vida, fue apropiarse del personaje, pero también, y fundamentalmente, de la persona. También significó hacer posible que pudiera ver que lo más valioso no es lo que le pertenece a los demás, sino lo que él mismo tiene, en su historia, en su interior.

¿Cómo trabajar psicoanalíticamente frente a la exclusión, la deprivación, el no lugar, el vacío? ¿Cómo interpretar y trabajar sobre algo que no es nada a la vez?

Sostener, acompañar, mirar al otro como otro, humanizarlo, tal vez sean las primeras líneas de intervención. Incluir, hacerle sentir que existe, que pertenece.

Es muy distinto mirar al otro como un enfermo desadaptado, que acompañarlo a transitar por el mundo para conseguir que se haga menos daño a sí mismo. “Yo no soy

un enfermo” gritaba al salir del campo de concentración Jean Amery, “soy la expresión de mi tiempo y de mi mundo”.

## **Acto psicoanalítico**

Argumentar que mi trabajo fue un trabajo psicoanalítico fue un desafío que me llevó tiempo.

En primer lugar, voy a tomar las palabras de Marcelo Viñar cuando dice que “un acto psicoanalítico es un momento efímero pero sus efectos son duraderos”. Es en los actos que el psicoanalista se debe basar, porque es a partir de allí que se generan efectos.

Por otro lado, tener textos a partir de los que basarse es fundamental, ya que son la base y desde donde uno piensa, lo que nos sostiene. Sin embargo, esto no es suficiente, y es necesario en cada encuentro con el otro recrear técnicas o conocimientos psicoanalíticos para cada vínculo singular.

Siguiendo a Viñar, para que exista un acto psicoanalítico deben existir tres cosas fundamentales: un paciente, un analista y una teoría. Pero no alcanza con eso, también tiene que existir algo que exceda la lógica intencional de la comunicación para desplegar otra lógica. Él ve al proceso analítico como el ritual de las sesiones, que no siempre implica un acto analítico. En base a esto, podemos centrarnos en el proceso. Sin embargo, prefiero centrarme en el acto, que es lo que genera cambio, porque, si bien a lo largo del trabajo me referí a un proceso psicoanalítico, lo voy a continuar haciendo basándome en la idea de que, si bien los encuadres eran modificables, existieron encuadres, pero por sobre todo hubo un paciente, una terapeuta, una teoría y algo más que sorprendió, que generó cambios a nivel psíquico.

“El rigor del psicoanalista no tiene estatuto de tal, sino en el instante fugaz en el que algo de la lógica inconsciente y de su causalidad pueden instalarse en el vínculo analítico, y a través del trabajo analítico lograr efectos de cambio psíquico” (Viñar; 2009, 50).

Por lo tanto, me referiré en todo momento a un proceso terapéutico y no a un tratamiento psicológico, ya que mi trabajo fue a partir de un vínculo y en el encuentro. Tal como dice Winnicott cuando habla de consultas terapéuticas: el momento importante es aquel en el cual el chico se sorprende a sí mismo:

“Lo importante no es el momento de mi inteligente interpretación. Cuando hay juego mutuo la interpretación realizada según principios psicoanalíticos aceptados puede llevar adelante la labor terapéutica. Ese juego tiene que ser espontáneo, no de acatamiento o aquiescencia, si se desea avanzar en la psicoterapia.[...]El análisis y la tarea psicoterapéutica no consiste en hacer interpretaciones inteligentes y adecuadas, en general es devolver al paciente, a largo plazo, lo que este trae. Es un derivado complejo del rostro que refleja lo que se puede ver en él. Si el trabajo sale bien, la persona podrá encontrar su persona, podrá existir y sentirse real”.

## **Lo que surge a partir del vínculo**

### **Pensarlo**

¿Con quién nos encontramos cuando frente a nosotros se presenta un adolescente que roba desde hace más de nueve años, que consume drogas, que rompe todo tipo de normas?

Nos encontramos con un joven que presenta conductas antisociales, que llamamos delincuente y que se encuentra en un sistema social incapaz de sostenerlo y contenerlo. Nos encontramos con muchas conductas y síntomas desde donde poder abordarlo, pero por encima de eso, nos encontramos con un ser humano, con un sujeto que sufrió, no solo de una privación en su temprana infancia, sino de varias privaciones que fueron repitiéndose a lo largo de su historia, encuentros y desencuentros que se repiten. Podemos también pensarlo desde lo vincular, intentando construir y reconstruir un ser humano, una psiquis desmoronada.

En un primer momento no había una analista sino una figura que él desconocía. Sin embargo, a partir del malestar y las angustias que sobresalían se generó el encuentro. Viñar habla de este primer momento, o de este primer trámite analítico que se inicia en la fecundidad de un equívoco, en el que cada uno cree que el otro sabe. Basando entonces el encuentro en la búsqueda de un confidente o una figura que reciba lo más privado de uno y otro: no solo que lo escuche, sino que lo haga apropiarse de eso que escucha. En un primer momento había una historia a partir de la cual se generó un recorrido y se ve, como expresé anteriormente, que no se centra en una situación traumática sino en un recorrido de situaciones traumáticas, que generan lo que hoy es la estructuración psíquica de Luciano.

Desde el psicoanálisis es conocida la importancia de volver a la infancia y lograr visualizar las causas de estas consecuencias en los tiempos más tempranos. Tomando la sexualidad infantil y el complejo de Edipo como centro de la teoría, debemos ir

más allá y realizar un ejercicio un poco más profundo de la relación entre el presente y el pasado, y las causas de dicha relación.

Si bien desde la teoría winnicottiana se intenta de una forma más o menos lineal explicar las estructuras y las fallas de estas, que son generadoras de consecuencias en los siguientes años de vida; desde la práctica esto no es tan lineal, y esa base sirve para darnos una idea general. Sin embargo, el trabajo interpretativo es dialogar con el pasado y el presente, ir y venir, traducir, pero también recrear nuevas formas de vincularse o de investirse.

Tomamos a la infancia entonces, tal como dice Viñar, como un comienzo virtual en el que surgen las cosas, como horizonte fundador. En consecuencia, no podríamos generalizar ni identificar un determinado trauma en la vida de Luciano, entendiéndose el mismo como un momento que irrumpe en la vida y genera una herida, ya que no toda irrupción necesariamente genera trauma, y no toda herida es generada por un momento determinado, un evento o una situación única y determinable.

## **Interpretarlo**

Partiremos entonces de la premisa de que “lo que se manifiesta en acto, y el acto supone un sujeto que mediante él se expresa, se refleja y se transforma” (Noiray; 1974, 16).

Según Myrta Casas de Pereda, “el llanto como primer acto es pedido, llamada, y, de no ser escuchado así, el sujeto quedará perdido en la locura. Estamos entre dos lados heteromorfos, cuerpo y símbolo, que se organizan con y desde el semejante, articulando sentidos”. Por lo cual, así como el llanto del bebé tiene que significar en otro el pedido de ayuda, los actos serán también significados por un otro, en este caso, el terapeuta, y al igual que la madre, tiene que traducir en palabras los primeros actos. Una de las principales tareas del trabajo con Luciano fue poner en palabras los actos, traducir lo que hacía.

En la adolescencia, el actuar es tan importante como el juego en la infancia o el lenguaje en los adultos. Entender el porqué de las conductas de Luciano fue uno de los grandes desafíos del trabajo, convencida de que somos más que puramente cuerpos, y que estos cuerpos y la relación que se tiene con ellos cobran un lugar de proyección del dolor psíquico, por momentos tan intenso, que solo la muerte parecería poder eliminarlo. De esta forma, los robos, el consumo y las marcas en el cuerpo no son conductas aisladas ni sin sentido, sino que tienen un porqué y un contexto. Solamente había que encontrarlos.

En un primer momento, Luciano robaba para darles algo a su hermano y a su madre. Comienza a robar como una forma de dar algo para que lo acepten o lo amen, y ese “algo que tiene que dar” no es algo que le pertenezca a él, es algo de lo que él debe adueñarse y hacer propio. Luego aparecen los robos con armas, y ahí comienza a disfrutar de la sensación de apoderarse del otro. Esa “adrenalina, sentir como el otro está en tus manos” que dice sentir, es apoderarse de la vida del otro. Y el consumo también podría estar en esta misma línea. Así es como necesita del otro para ser querido, aceptado, amado, o simplemente para ser. Esto puede ser visualizado en los

constantes robos o solicitudes de que le dieran pulseras, chicles o lo que sea, de otra persona, lo que implica una dependencia absoluta de la presencia de otro para existir. Este movimiento que hace implica hacer para que el otro haga, moverse según el movimiento de alguien o de algo. En este sentido, se podría colocar también a la droga como algo externo que lo hace sentir, y a su vez, que lo hace hacer. No tolera es la soledad, porque cuando él se encuentra con él mismo, se encuentra con la nada, se encuentra con el vacío. No logra tolerarla, necesita llenar inmediatamente ese vacío (con alguien o con algo), para protegerse de la castración.

Lo tóxico aparece también como una promesa de salir de un vacío, de una envoltura cerrada de nada en la que se ha transformado el sujeto por su identificación con el objeto perdido. En relación a esto, lo que implica es no sentir, es no tener ningún sentimiento intenso. Esto se genera y visualiza en niños que están alejados por mucho tiempo de todo lo que aman:

“Los niños comienzan a buscar dificultades, y cuando alguien se enoja sienten un genuino alivio, pero el alivio no es duradero, apareciendo entonces los síntomas de la angustia como ser mojado en la cama, irritaciones en la piel, hábitos desagradables, golpearse la cabeza, cualquier cosa que permita al niño encontrar su sentido de realidad” (Winnicott; 2011, 57).

La cocaína, crack o pasta base aparece como un “otro” que hace que haga, que le genera sensaciones fuertes, que lo llena, que lo saca del vacío. Por eso me parece oportuno establecer una diferencia entre goce y placer. Planteo este punto, ya que lo que fui observando en el caso de Luciano es que no hay tanto una búsqueda de sensaciones de placer, ya que esto implicaría llegar a un punto máximo y volver al vacío del displacer. Este juego placer-displacer tiene que estar presente. Sin embargo, lo que Luciano no aparenta lograr es sostener la sensación de displacer. Cuando precisamente el actuar se aparta de la vía de la renuncia y busca la satisfacción inmediata, la capacidad de espera que se necesita para la ilusión se vuelve incontrolable, haciéndose presente la descarga motriz.

Se trata del puro goce, es decir, de una sensación que nunca pareciese terminar, tendiendo a la repetición constante de esa sensación. Pude ir observando este aspecto en el consumo de pasta base, que genera justamente la necesidad de un consumo constante. Lo mismo ocurría en su comportamiento sexual (real o fantaseado), tal como él refiere: estar todo el día teniendo relaciones. Esto también puede verse en esa actitud de estar siempre pidiendo, sin satisfacerse cuando lograba alcanzar lo solicitado. Goza de la búsqueda constante, y no del encuentro con lo que busca. Estos movimientos dirigen a Luciano a situaciones de riesgo que imposibilitan la capacidad de representación, es decir, la capacidad del pensamiento previo a la acción.

Por otro lado, el consumo también está dirigido a un intento de aislarse, de silenciarse, de apagarse. Cuando se nota excitado, aparece la tolerancia de los impulsos destructivos en la forma primitiva de amor. Esta tolerancia genera algo nuevo: la capacidad de disfrutar de las ideas, aún cuando lleven en sí la destrucción y las excitaciones corporales correspondientes. Cuando él pasa a ser objeto amado, también pasa en su inconsciente a ser el objeto a destruir. Si destruye al objeto de amor, o si se destruye, desaparecen las ideas de destrucción.

Constantemente se intentó ligar las angustias con los actos, con el fin de lograr un pensamiento que se adelante a la acción. La herramienta con la cual contaba era la relación analítica, que permitió comprender las significaciones de sus actos a partir de la que se repetirá y reactivará el dolor psíquico. Fue importante también ofrecer un espacio, no tanto como espacio físico, sino fundamentalmente como espacio psíquico en el cual se sintiera sostenido y contenido.

La transferencia y la contratransferencia jugaron un papel fundamental, permitiéndole exponer su dolor, aún sabiendo que tal vez la muerte sería la única alternativa para frenarlo. Por este motivo la creatividad terapéutica cobra mayor relevancia, involucrándonos de una manera profunda y repensando el nivel de compromiso frente a nuestros pacientes.

## **Incluir y contener**

Cada vez son más los niños y adolescentes que están quedando por fuera del sistema, por fuera de la historia. Estos mismos chicos son los que también quedan por fuera de nuestros consultorios; y los que llegan, son diagnosticados y medicados, callados, anulados, encerrados. Estos chicos, como Luciano, son los que molestan, los portadores de supuestas patologías genéticas: formas de borrar un sector social.

Como profesional sentí la gran responsabilidad de hacer algo diferente, de no repetir el patrón de diagnosticar y expulsar. Opté por tener esperanza y tratar a Luciano como un sujeto, alguien merecedor de la vida, con deseos, con vivencias, con voz, con palabras.

Se parte de la idea de que cada proceso terapéutico debería adaptarse a las características de cada paciente, y tal como puse de manifiesto, detenerse en el vínculo o alianza terapéutica como principal factor de cambio, o como factor necesario para posibilitar el surgimiento de otros elementos terapéuticos. Fue necesario proponer como principal objetivo no solo interpretar (porque muchas de las experiencias tempranas no eran accesibles a la interpretación), ni solo hacer consciente lo inconsciente, sino, más que nada, generar una reestructuración a través de un buen vínculo terapéutico, incluir y devolver un sentimiento de pertenencia.

## **Posibilitar y hacer visible lo invisible**

Durante mucho tiempo Luciano encontró en la calle, en las amistades de la esquina y en la banda de ladrones y adictos un lugar de existencia. Le habían puesto un apodo: “el negro pa siempre”, le dieron un lugar donde no era expulsado sino recibido “pa siempre”, le dieron códigos y le mostraron una forma de estar. Debí, desde ese lugar, desde la calle, trabajar, porque sacarlo de ahí significaba dejarlo sin nada.

Poco a poco, mientras intentaba incluirlo a nivel institucional (tarea fallida), en ese camino, tal vez naturalmente, comenzó a sentir una esperanza, comenzó de a poco a confiar, a depositar, a creer, a sorprenderse, a sentir que lo estaba incluyendo cuando lo pensaba, lo llamaba, lo escuchaba, cuando me detenía a mirarlo, cuando lo comprendía.

Tratarlo como ser humano, tratarlo como un chico y no como una patología, o un síntoma, o un delincuente hizo posible trabajar con él. Poco a poco intenté correrlo del lugar de “pibe chorro” o “pibe latero”, presente hasta el momento, mostrándole una nueva forma de existir desde otro lugar.

VII

“Para qué escribe uno si no es para juntar sus pedazos”

Eduardo Galeano

## La escritura como forma de simbolizar

Tal como plantea Betin:

“Un acto humano es un texto en potencia y puede ser comprendido (como acto humano y no como acción física) tan solo dentro del contexto dialógico de su tiempo, como réplica, como postura llena de sentidos, como sistema de motivos” (Betin; 1982, 294).

A medida que pasaba el tiempo de trabajo, mientras las conductas de Luciano eran interpretadas y comenzaron a tener significados y sus actos cobraban algún tipo de sentido, se hacía presente cada vez más la palabra en sus diferentes formas.

Fortaleciendo la utilización de la palabra se apuntó a que no solo quedara en la escucha y la receptividad terapéutica, sino que trascendiera, logrando, de alguna forma, que de a poco Luciano se apropiara de estas, dejando su propio registro. Al escribir y contar las cosas, Luciano las comenzó a pensar. Y ese pensamiento de a poco se fue adelantando a la acción. Fue armando una historia, le dio una forma y un orden, le puso tiempos, pausas, le dio un sentido, posibilitando tener un lugar externo donde poner el dolor, la tristeza, los actos y todo aquello que Luciano tenía adentro.

Pero escribir no es solamente poner afuera lo que uno tiene adentro. Escribir es registrar, es sacar para poder releer y volver a introducir. Escribir es encontrarse con uno mismo. El escribir es sentir, pero por sobre todo es pensar ese sentir, encontrando sentidos a los muchos sinsentidos y, por sobre todo, reconocerse como humano. Escribir es más que un mero registro de hechos; es la posibilidad de transmitir las vivencias personales que cada uno tiene de los hechos. Y para poder hacer esto es necesario tener memoria, es necesario poder recordar, es necesario poder repensar, es decir, retomar ese pasado traumático, para que pueda ser elaborado. Según Augusto Roa Bastos “escribir no significa convertir lo real en palabras sino hacer que la palabra sea real”.

También hay que ver a la palabra con su capacidad de transformar algo que por no dicho destruye. Como dice la frase de Galeano, uno escribe para juntar sus pedazos, uno escribe para uno mismo. Pero en el acto de escribir (y con la intención de publicar) uno se entrega junto a eso que escribe a un otro que lo quiera leer, como escribe Luciano, invitando a todos aquellos que quieran leer sin juzgar lo mejor y lo peor de él. Adaptando un trozo de *El libro de los abrazos* de Galeano:

“Cuando era un niño, leyó una novela a escondidas, la leyó a pedacitos, noche tras noche... Mucho caminó, mientras pasaban los años. En busca de fantasmas, caminó por las calles de ciudades violentas. Mucho caminó, y a lo largo de su viaje iba siempre acompañado por los ecos de los ecos de aquellas lejanas voces que había escuchado, con sus ojos, en la infancia. No ha vuelto a leer ese libro, ya no lo reconocería. Tanto le ha crecido adentro que ahora es otro, ahora es suyo”.

*Haciendo humo mi historia*, el libro de la vida de Luciano, representa mucho más que un libro escrito por un adolescente que cuenta anécdotas duras y oscuras; es mucho más que palabras ordenadas de forma que sean agradables al lector. Es uno de los resultados de un largo proceso terapéutico; es la posibilidad de Luciano de utilizar la creatividad y la palabra para apropiarse de su historia y para ver lo valiosa que es.

## Conclusión

El trabajo con este adolescente, que ocurrió casi al comienzo de mi carrera profesional, significó para mí un gran desafío, tanto personal como profesional.

Trabajar con Luciano implicó trabajar con su temprana infancia, con esos aspectos más arcaicos que marcaron un comienzo en esta historia y que dejaron marcas para siempre, de esas que no se puede borrar. Se hizo evidente así la importancia del vínculo madre-bebé en la estructuración psíquica y cómo esta tiene sus repercusiones en los años siguientes.

La llegada a la adolescencia como resurgimiento y momento de reelaboración, hizo que Luciano, junto con su vulnerabilidad, y ayudado por un sistema social que lo excluye en lugar de acogerlo e incluirlo, logró poner en actos lo que no podía poner en palabras. Trabajar con él generó un grado de implicancia y compromiso muy alto debido a la fragilidad psíquica del chico y a las conductas de alto riesgo que manifestaba. Al mismo tiempo, el trabajo me llevaba a cuestionarme constantemente el grado de adecuación de mis acciones. Siempre dudando, consideré que era importante actuar y evalué lo correcto o equivocado de mis acciones muchas veces durante el camino.

En ese andar surgió la construcción de un libro y la posibilidad de publicarlo y presentarlo públicamente. Cuando esto sucedió, lo entendí como una oportunidad valiosísima de habilitar la palabra, no solo a Luciano, sino a una gran parte de mi sociedad que está silenciada. Comparto con Viñar la idea de que la palabra deseante es una necesidad básica, tan esencial en la condición humana como el techo y la comida.

## Bibliografía

- Aichhorn, August. *Juventud desamparada*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2006.
- Bauman, Zygmunt. *Tiempos líquidos, vivir en una época de incertidumbre*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 2009.
- Benyacar, Moty & Lezica, Alvaro. *Lo traumático, clínica y paradoja. Tomo 1: El proceso traumático*. Buenos Aires: Biblos, 2005.
- ----- . *Lo traumático, clínica y paradoja. Tomo 2: Abordaje clínico*. Buenos Aires: Biblos, 2006.
- Bollas, Christopher. *Ser un personaje, Psicoanálisis y experiencia del sí-mismo*. Buenos Aires: Paidós, 1994.
- ----- . *La sombra del objeto: Psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- Bleichmar, Silvia. *En los orígenes del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1986.
- ----- . *La fundación de lo inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993.
- ----- . *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía Editorial, 2010.
- ----- . *Violencia social – Violencia escolar. De la puesta de límite a la construcción de legalidades*. Buenos Aires: Novedecum, 2012.
- Casas de Pereda, Myrta. *El camino de la simbolización: producción del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- ----- . *Sujeto en escena: el significante psicoanalítico*. Montevideo: Isadora, 2007.

- Janin, Beatriz. “Patologías graves en la adolescencia. Los que desertan”. *Cuadernos de psiquiatría y psicoterapia del niño y del adolescente*. N°50, 2010. 241-257.
- ----- . *El sufrimiento psíquico en los niños. Psicopatología infantil y constitución subjetiva*. Buenos Aires: Novedecum, 2011.
- Janin, Beatriz & Kahansky, Elsa. *Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes*. Buenos Aires: Novedecum, 2009.
- Khan, Masud R. *Cuando llegue la primavera. Tomas de conciencia en el psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Paidós, 1991.
- ----- . *Locura y soledad: Entre la teoría y la práctica psicoanalítica*. Buenos Aires: Lugar, 1991.
- Schejtman, Clara. R. *Primera infancia, psicoanálisis e investigación*. Buenos Aires: Akadial, 2008.
- Viñar, Marcelo. *Psicoanalizar hoy, problemas de articulación teórica-clínica*. Montevideo: Editorial Trilce, 2002.
- ----- . *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo: Editorial Trilce, 2009.
- Winnicott, Donald.W. *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- ----- . *La naturaleza Humana*. Buenos Aires: Paidós, 2012.

- ----- *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa, 2012.
- ----- *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires: Paidós, 2014.